ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LUISA PARANQUET

MEDIA EN TRES ACTOS, PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

POR

MM. ARMANDO DURANTÍN Y ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

D. PEDRO BOFILL



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1892

Al distinguido autor dramático y hábil periodista D. Federico Jaques, recuerdo cariñoso de su amigo y compañero,

Pedro Bofill

LUISA PARANQUET

LUISA PARANQUET

LUISA PARANQUET

COMEDIA EN TRES ACTOS, PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

POR

MM. ARMANDO DURANTÍN y ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

DON PEDRO BOFILL

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA, de Madrid,
el día 19 de Octubre de 1892

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUISA PARANQUET.......	SRA.	TUBAU DE PALENCIA.
CARMEN..................	SRTA.	BADILLO.
ROSA.....................		ORTIZ.
ARTURO DE SABLEUSE...	SR.	SÁNCHEZ DE LEÓN.
AVERTIN.................		VALLÉS.
CONDE (padre de Arturo)....		SALA JULIÉN.
ENRIQUE DE IVES........		SÁNCHEZ POZO.
CAVAÑOL.................		SANTIAGO.
ROLANDO.................		ALVAREZ.
COMISARIO...............		VILLANOVA.
MOZO DE HOTEL.........		SÁNCHEZ CALVO.
CRIADO...................		VÁZQUEZ.

Las indicaciones del lado del actor

A Don Roque F. Azaguirre

¿Te acuerdas, querido amigo, de los agradables coloquios sobre asuntos de arte escénica que ambos hemos sostenido muchas veces en el café, después de la salida de los teatros?

¡Cuántas horas dedicadas al análisis de las obras que acabábamos de ver, y de los actores que las habían interpretado!

En una de esas noches me encontraste leyendo y me dirigiste la siguiente pregunta:

—¿Qué es esto?

—Una comedia francesa hermosísima.

—¿Te interesa?

—¡Mucho!

—¿Quiéres contarme el argumento?

—No; prefiero que oigas la lectura.

—¿Qué título tiene?

—*Heloise Paranquet.*

—Empieza, pues.

Y recordarás perfectamente que leyendo en el ejemplar francés te traduje al castellano,—con fidelidad, aunque con las incorrecciones propias del caso,—la comedia de Durantín y Dumas (hijo), que ha estrenado pocos días há en la Princesa la compañía de la eminente actriz María Tubau, dirigida por su esposo Ceferino Palencia.

Yo había leído muchas veces la tal comedia, maravillándome siempre la habilidad con que el plan estaba conducido, y el interés palpitante, creciente de aquella acción dramática, que en ciertos pasajes me hacía derramar lágrimas, sin dejar por eso en mi corazón el sedimento de la amargura.

Pero aquella noche tú me oiste leer como si fueses un espectador que se halla sentado en la butaca y ve moverse en las tablas las figuras.

Recuerdo que fué vivísima la impresión que *Heloise Paranquet* te produjo.

—¿La vas á traducir?—me preguntaste.

—No; hace algunos años que tengo este ejemplar francés; lo leo con frecuencia, y repaso también, de vez en cuando, los dos preciosos folletines de *Le Temps*, en los cuales el crítico teatral de dicho periódico F. Sarcey, analiza la obra presentándola á la juventud francesa como un modelo de habilidad en la factura, y narrando deliciosamente los accidentados pormenores de la colaboración entre un escritor desconocido, Armando Durantín, y otro famosísimo, Alejandro Dumas (hijo), amén de la contienda literaria que el ruidoso éxito de la comedia suscitó entre ambos autores. Todo esto me lo sé de memoria; pero yo no me dedico á escribir ni á traducir obras para el teatro. Limítome á ver representar las obras de los demás, y á deleitarme ó aburrirme con ellas, juzgándolas después á mi manera.

Tendrás bien presente, amigo Izaguirre, que esas fueron mis palabras; y no habrás olvidado que algunos meses después te dije:

—Voy á traducir *Heloise Paranquet* á fin de que Ceferino Palencia se lleve la traducción á Buenos-Aires.

Y para satisfacer tu curiosidad, te referí en el acto los motivos amistosos que me obligaban á emprender rápidamente la versión castellana de la obra francesa.

Ocurría que el distinguido autor dramático, esposo

de la señora Tubau, había aceptado los ofrecimientos lucrativos de una empresa de la República Argentina. Se trasladaba por segunda vez al país americano, donde quedan de los dos artistas, marido y mujer, gratísimos recuerdos.

Y Ceferino Palencia sentía no llevar para aquel público muchas obras nuevas. El inmenso repertorio de María Tubau es ya muy conocido en todas las regiones de la América española.

—¿No tienes algo—me preguntó—que pudieras arreglarme en pocos días?

Entonces me acordé de *Heloise Paranquet.* Estrenar en América, no era estrenar en Madrid... Yo podía fácilmente hacer un favor desinteresado al amigo sin torcer mi propósito de no exhibir mi nombre ante el público madrileño.

Comprometime, pues, á entregar á Ceferino Palencia, en el término de quince ó veinte días, la traducción de una obra interesante y—¡tal era la confianza que yo tenía en *Heloise Paranquet!*—de éxito seguro.

Palencia no conocía la obra, ni aun el título, hasta que le llevé el primer acto, es decir, el prólogo.

A tí te leí, querido Izaguirre, las cuartillas á medida que las iba escribiendo, y, con tu buen gusto literario, algunas observaciones me hiciste que fueron atendidas.

Acto tras acto, *Heloise Paranquet*, transformada en *Luisa Paranquet* por cuestión eufónica, fué pasando á manos de Palencia, el cual tenía ya en su poder un arreglo de *Fedora*, de Sardou, realizado con suma corrección por Urrecha; y, si la memoria no me es infiel, otra comedia del mismo autor francés titulada *Daniel Rochat*, y arreglada por nuestro excelente amigo el joven escritor Luis Paris.

Luego, por la muerte de uno de los empresarios, se desbarató el viaje de la compañía de María Tubau á

Buenos Aires, y héte ahí, querido Izaguirre, á Ceferino Palencia intentando convencerme de que yo debía permitir el estreno en Barcelona ó en Madrid de *Luisa Paranquet*, aprovechando en la Península mi traducción hecha con fines ultramarinos.

Fuí obsequioso con el amigo, y accedí á su demanda. Tengo la pretensión de creer firmemente que pocos hubieran dejado de hacer lo que yo hice.

Luisa Paranquet alcanzó un fallo del público muy superior á todo lo que se esperaba.

Las ovaciones tributadas á la hermosa comedia de Durantin y Dumas (hijo) fueron ruidosas, duraderas, unánimes; y mis queridos compañeros de la prensa, todos á una, sin discrepancia, ensalzaron grandiosamente la obra estrenada el 19 de Octubre en el teatro de la Princesa.

A tí, pues, querido Izaguirre, que no solo conoces al dedillo todos los detalles é incidentes previos de esta insignificante traducción, sino que también eres un antiguo soldado—ya casi veterano—del periodismo madrileño, á tí dedico esta pobre labor literaria del que hace ya muchos años se alistó lleno de entusiasmo en las filas de la prensa, y con entusiasmo igual terminará probablemente sus días guarecido bajo la misma enseña.

Acepta esta dedicatoria de tu afectísimo amigo y compañero.

EL TRADUCTOR,

Pedro Bofill.

Madrid 27 de Octubre de 1892.

PRÓLOGO

Sala espaciosa y elegante.—Puertas laterales en el último término.—Piano—Mesa larga á la izquierda: chimenea á la derecha.—Sofá adosado á la chimenea

ESCENA PRIMERA

ARTURO DE SABLEUSE; CAVAÑOL y ROLANDO, OFICIALES del ejército francés, vestidos de uniforme (1); Jóvenes y Señoritas en traje de etiqueta. Al levantarse el telón, algunos de esos personajes, hombres y mujeres, se hallan sentados algo desordenadamente al rededor de la mesa ricamente servida y profusamente iluminada. Una joven sentada al piano toca una polka, y algunas parejas de Oficiales y Señoras bailan á un lado de la escena. Algunos Oficiales, en el fondo, se ejercitan en la esgrima del florete. Otros convidados ocupan los muebles de la sala bebiendo ó fumando

CAV. (Levantándose de la mesa con una copa en la mano.) ¡Voy á brindar, señores!

UNOS ¡Silencio! ¡silencio!

OTROS No; no.

OFIC. Cavañol, déjenos usted en paz.

---

(1) En las poblaciones donde no sea fácil proporcionarse uniformes franceses, pueden vestir de etiqueta todos los personajes, cuidando que Arturo y el Conde ostenten el botón de la «Legión de Honor.» En las representaciones de Madrid visten el uniforme francés Arturo, Rolando y otros dos invitados, que son los que tiran al florete. La esgrima y el baile deben ser de muy escasa duración, y en seguida brinda Cavañol.

SEÑ.ª ¡Que hable!... ¡Que hable!...

OFIC. Bueno... pero que sea corto.

CAV. ¡Señoras y caballeros! Ha llegado el momento de brindar por la salud de nuestro anfitrión, Arturo de Sableuse.

TODOS ¡Bravo!... ¡Bravo!

CAV. Nada más fácil que pintar en términos elocuentes la vida de nuestro camarada, sus campañas, sus heridas y las cualidades todas de su corazón.

UNOS ¡Muy bien!... ¡Muy bien!

CAV. Pero no hay entre vosotros quien no le conozca. No hablemos pues de otra cosa, que de la cena con que nos ha obsequiado y del baile que nos está dando para celebrar su promoción al grado de capitán.

TODOS ¡Bravo! (Aplausos)

CAV. Brindo, pues, señores, por la salud del más valiente de los oficiales; y brindo también, señoras, por Arturo de Sableuse, es decir, por el mejor de vuestros amigos...

TODOS ¡A la salud de Arturo!

ART. (Levantándose de la mesa y aparte.) Este brindis me va á costar caro... (Alto.) Doy gracias á todos por la alegría que ha reinado en esta fiesta de despedida, puesto que mañana salimos de Versalles para la Argelia. ¡Brindemos, pues, no por mi salud, sino por mi éxito; no nos acordemos de la cena... pensemos en Francia!... Por el ejército, señores...; señoras, por el ejército, donde están vuestros más ardientes admiradores..., y por la guerra, que os libra de ellos.

TODOS ¡Por el ejército... por la guerra!...

CAV. Poco á poco, señores; brindar por el ejército, me parece bien; pero la guerra ya es otra cosa...

ROL. ¡No sigas diciendo tonterías, Cavañol!

CAV. ¿He dicho ya alguna?

ROL. Durante la cena te he oido tres ó cuatro cosas que debías habértelas callado. Está bien que nos divirtamos, que bebamos, y hasta que nos alegremos un poco; pero no hay que olvidar nunca lo que somos, y me-

nos aún que estamos festejando á uno de nuestros más valientes compañeros... No porque tú hayas abandonado el ejército hemos de consentir que menosprecies el uniforme... ¡Ya lo sabes!

TODOS ¡Bien, Rolando, bien!

CAV. Ese Rolando, por llamarse así, créese obligado á estar siempre furioso. Pero, ahora, la furia no se la ocasiona el nombre, sino el haber jugado yo con él y haberle ganado.

ROL. (Levantándose.) ¡Que mi dinero te aproveche! No te deseo otra cosa.

CAV. ¡Ya no tengo un cuarto!... Iba á brindar por el bacarrat, á ver si se aplacaba el destino!

ROL. ¡A bailar!

SEÑORAS Rolando dice bien; ¡bailemos! (Salen por la izquierda. Rolando se queda en la puerta. hablando con un convidado.)

CAV. (A Arturo.) ¿Qué le pasa hoy á Rolando?

ART. ¡Déjalo! Ya sabes que es muy susceptible; pero tiene un fondo excelente.

CAV. ¿Puedes prestarme cincuenta luises?

ART. Con mucho gusto.

CAV. Te los devolveré mañana.

ART. Cuando quieras.

CAV. ¡Mira!... dame ciento.

ART. (Dándoselos.) ¡Tómalos!

CAV. Te los traigo en seguida. (Vase por la izquierda.)

ART. (Aparte.) ¡Ya decía yo que el brindis me saldría caro!

ESCENA II

ROLANDO y ARTURO DE SABLEUSE

ROL. (Adelantándose hacia donde está Arturo.) ¿Por qué invitaste á ese mozo?

ART. ¡Es un aturdido!

ROL. No; ¡es un miserable!

ART. Estás duro con él.

ROL. Empezó derrochando su patrimonio... Ahora juega con el dinero que le prestan.. mañana robará para satisfacer sus vicios. Iban

á echarlo del ejército cuando ha tenido la previsión de marcharse él mismo. Haces mal en recibirle y—permíteme que te lo diga— no encuentro bien que pongas á gente honrada en el aprieto de tener que hablar en tu casa con él.

ART. Ya es la última vez, puesto que mañana parto.

ROL. ¿Me has dicho que necesitas de mí?...

ART. Sí, ya que tú permanecerás en Francia durante algún tiempo.

ROL. Un año, por lo menos. (Siéntanse.)

ART. Hé aquí, pues, de lo que se trata. Yo tengo un hijo.

ROL. ¿Tú?

ART. Yo.

ROL. ¿De qué edad?

ART. De un año.

ROL. ¿Hembra ó varón?

ART. Una niña.

ROL. Vamos á ver, ¿y en qué puedo servirte?

ART. Si muero en Africa...

ROL. Yo me encargo de tu hija. No hay más que hablar.

ART. (Con ironía amistosa.) ¡Gracias, papá Rolando!

ROL. Al decir yo, quiero decir mi tía, una solterona que se desvive por las criaturas.

ART. Esto no basta... Aquí tienes mi testamento, por el cual dejo á mi hija los bienes que heredé de mi madre.

ROL. ¿Y la madre de esa niña?

ART. También va incluída en el testamento.

ROL. (Señalando á la puerta de la izquierda.) ¿Es alguna de esas?

ART. No.

ROL. ¿Pertenece á la alta sociedad?

ART. Tampoco, puesto que atiendo á su subsistencia.

ROL. Tienes razón. ¿Entonces, es una joven de la clase obrera?

ART. Sí.

ROL. ¿Y fuiste su primer amante?

ART. (Con acento de seguridad.) Y el único.

ROL. ¿Por qué no te casaste con ella?

ART. Mi padre me negó su consentimiento.

ROL. Podías haber prescindido de él, si esa joven es digna de tí.

ART. Adoro á mi padre... Soy hijo único... Prefiero convencerle.

ROL. Pero, al menos, habrás reconocido á tu hija...

ART. No.

ROL. ¿Cómo es eso?... ¿Hay algo que reprochar en la conducta de esa joven?

ART. Nada, no obstante la oposición de mi padre.

ROL. Pues entonces, permíteme que me asombre de que no la hayas reconocido. Dejarle dinero no es bastante... vale más darle un nombre, y sobre todo, un nombre como el tuyo. (Se levantan.)

ART. ¡Cómo se conoce que no entiendes de esto! Con la mejor intención, sin duda, la ley inclina al padre á no dar su nombre al hijo de sus amores secretos... No teniendo nombre esa criatura, y siendo de padre desconocido, yo tengo el derecho de legarle todos mis bienes, mientras que si estuviese reconocida no podría heredar más que una parte de mi fortuna, creo que la tercera. Pues bien, como la herencia de mi madre no viene á consistir más que en unas ocho mil libras de renta, ¿qué sería de esa pobre criatura sólo con dos mil quinientas ó tres mil libras al año?

ROL. Conforme con esto; pero...

ART. Aguarda un poco... Por otra parte, para reconocer á mi hija necesito la aprobación de su madre, la cual pertenece á una familia obscura, pero honrada, y tampoco ha dado al fruto de sus entrañas su verdadero nombre, á fin de que no hubiese una prueba pública de su falta, muy oculta hasta ahora.

ROL. ¿Y cómo te has arreglado?

ART. La niña ha sido inscrita con los nombres de María Antonia, de padres desconocidos. Cuando yo me case con Luisa—que así se llama la madre—legitimaré á nuestra hija... Entre tanto, hago lo que puedo... Unida al testamento va una carta para mi padre.

ROL. ¡Ah!

ART. A un muerto suele concedérsele lo que se niega á uno que vive. Suplico á mi padre que adopte á esa criatura y le dé nuestro nombre. Con lo cual ya ves que no habrán de durar mucho los cuidados tuyos—ó más bien los de tu tía—acerca de mi hija.

ROL. ¿Dime, Cavañol ha intervenido algo en todo eso?

ART. Lo he utilizado mucho...

ROL. (Después de reflexionar un momento.) Ahora me explico tu amistad con él... Esto te sirve de excusa.

ART. En casos semejantes, hay que valerse del primero que se presenta.

ROL. Sobre todo, si la conciencia de éste es un poco elástica...

ART. Ya ves que hoy no me dirijo á él, sino á tí.

ROL. (Otro instante de reflexión.) ¿Te valiste de ese individuo para hacer la declaración de nacimiento?

ART. Sí; y le acompañó el médico, que era amigo suyo.

ROL. De modo que Cavañol es el padrino...

ART. Sí.

ROL. ¡Bien apadrinada está tu hija! (Reflexiona un instante.) La cosa tiene más complicación de lo que yo me figuraba...

ART. Querido amigo, sólo el bien es sencillo. El mal resulta siempre complicado. ¿Puedo contar contigo?

ROL. Desde luego.—¡Cálla! parece que llegan nuevas convidadas... (Se aleja.)

ART. (Con extrañeza, mezclada de espanto.) ¡Luisa! ¡Tú aquí! (Rolando vase por la izquierda.)

ESCENA III

LUISA y ARTURO

LUISA Me aburría sola en casa... He sabido que dabas un baile, y aunque no has tenido la atención de invitarme ¡aquí me tienes! ¿No es natural que esté donde tú estás?

ART. Al contrario... ¡no puedes permanecer aquí!

LUISA ¿Me echas de tu casa?

ART. Sí; cuando en mi casa hay personas con las cuales no quiero que te trates.

LUISA Y son...

ART. Mujeres.

LUISA ¡Las queridas de tus amigos!

ART. Precisamente.

LUISA Ya que recibes á las de ellos, bien puedes recibir también á la tuya.

ART. ¡Oh! ¡tú no eres mi querida!

LUISA Pues, ¿qué soy?

ART. Mi mujer.

LUISA ¿Desde cuándo?

ART. Desde que te lo he prometido.

LUISA (Dirigiéndose hacia la chimenea.) Y hasta que lo hayas olvidado.

ART. Jamás falté á mi palabra. ¡Ten un poco de paciencia, amor mío!

LUISA ¡Cómo he de tenerla, si sé que partes mañana!... Considera que me quedo sola... sin posición... sin fortuna, y con una hija...

ART. (Subiendo hacia donde está ella.) Con una hija que te ocasiona muy poca incomodidad, puesto que se está criando fuera, y qué jamás vas á verla. ¡Diríase que no la quieres!

LUISA Pónme en situación de amarla ante todo el mundo, y verás si soy ó no tan buena madre como otra cualquiera. ¿Acaso no me aconsejaste tú mismo que no me comprometiese inútilmente?

ART. Sí, es verdad; y entre tanto, mientras concluye la situación anormal en que nos hallamos, he asegurado tu suerte y la de nuestra hija... De modo que si yo muriera antes de poder daros mi nombre, quedaréis por lo menos en una situación independiente.

LUISA (Irónicamente.) ¡No es malo que hayas pensado en esto!

ART. ¿Qué lenguaje es el tuyo?

LUISA Es el de una mujer que está ya cansada de sufrir todas las molestias del matrimonio, sin ninguna de sus ventajas. ¿Soy tu esposa? Pues dame tu nombre, preséntame á tu

familia, pónme en relación con la sociedad que frecuentas... ¿Soy tu querida? Entonces, proporcióname lo que corresponde á esa clase de mujeres, lujo, comodidades, goces... ¡Elige!

ART. ¡Luisa, por Dios! ¿qué cambio es este? A tí te ha aconsejado alguien.

LUISA No; es que empiezo á ver claro. ¿Quiéres que te diga todo lo que pienso? Pues bien; jamás te casarás conmigo.

ART. Te juro...

LUISA No jures... Bastantes juramentos me has hecho inútilmente. Esa clase de matrimonios son ilusiones que se forjan el hombre en un momento de pasión y la mujer en un instante de orgullo. ¡El Vizconde de Sableuse casarse con Luisa Paranquet, procedente de un taller de modistas de Tours! ¡No es en sitios semejantes donde los vástagos de los antiguos próceres van á buscar la noble dama que ha de ser su esposa! Quiero creer que con toda sinceridad me hiciste promesa de casamiento... Quizá seas también sincero ahora... Pero las preocupaciones y las costumbres son más fuertes que los hombres... Yo no puedo ligar mi vida entera á todas esas intermitencias de irresolución y debilidad. Prefiero las situaciones claras y definitivas... ¡Separémonos!

ART. ¡Imposible!

LUISA Pues... mañana mismo ha de ser, ya que mañana te marchas.

ART. Pero volveré.

LUISA ¿Quién sabe?

ART. ¿Entonces, es que ya no me amas?

LUISA Te quiero lo mismo que antes; pero estoy decidida á que esta situación concluya. No he venido aquí para tomar parte en la fiesta, sino para aprovechar los únicos instantes en que puedo verte antes de tu partida. Mañana no irías á despedirte de mí mas que en el momento preciso de tener que subir al carruaje. Escoge, pues, entre casarte conmigo, antes de ir á reunirte con tu regi-

miento, ó separarnos para siempre. (Siéntase.)

ART. Y en este último caso, que con tanta frialdad me propones, ¿qué sería de nuestra hija?

LUISA Quedaría conmigo. Ya que me faltara el esposo, ¿habría de perder también á mi hija? No; me pertenece antes que á tí, porque yo por ella he arriesgado mi honor, mi belleza, mi vida. Mientras tú vacilabas en darle tu nombre, yo le daba la existencia. Me ha costado muchas lágrimas... Es la hija de mi amor y de mi vergüenza. (Levantándose.) Tú, en cambio, crees cumplir, dejándole, en el caso de que murieras, algunos billetes de mil francos, con los cuáles pudiera poner un establecimiento en Tours ó en cualquier otra parte. ¿No es verdad? Y como ha venido al mundo sin nombre, quizá concluya peor aún que su madre, la cual ha conocido á los pobres que le dieron la existencia... Pero ¿qué vale todo eso? El Vizconde de Sableuse, ante todo, se debe á su familia, á la familia que la casualidad le dió... porque la familia del porvenir, la de sus afecciones, la que él se ha creado voluntariamente, esa ¿qué le importa? El dinero todo lo arregla.

ART. ¡Basta! Quiero á nuestra hija más que á mi vida. Tienes razón; y lo que acabas de decirme me lo he reprochado yo á mí mismo muchas veces. ¡Ya no debo esperar más! Antes de que yo parta, esa pobre criatura tendrá padre, y tú serás mi mujer... ¡Te lo juro! Voy á escribir inmediatamente al ministro para que me prorrogue la licencia; y, mañana mismo sabrá mi padre que es irrevocable mi decisión de casarme contigo. ¿Estás contenta?

LUISA ¿Puedo creerte?

ART. ¡Recelosa! ¿Me quieres?

LUISA Mañana te lo diré.

ESCENA IV

DICHOS y CAVAÑOL

ART. (A Cavañol, que ha aparecido por la izquierda.) Quédate un momento aquí con Luisa. No quiero que la vean; y después, tú suplirás mi falta para con los convidados, mientras yo la acompaño á ella á su casa.

CAV. Está bien; pierde cuidado.

ESCENA V

LUISA y CAVAÑOL

CAV. (Con viveza y á media voz, como temiendo ser oidos y sorprendidos.) ¿Qué?

LUISA Consiente.

CAV. ¿Se casa contigo?

LUISA Antes de ocho días seré su mujer.

CAV. ¿Eso es lo que él ha dicho?

LUISA Eso es lo que hará.

CAV. Muchas veces te lo ha prometido.

LUISA Pero nunca como hoy.

CAV. ¡Al fin has hecho tu suerte!

LUISA Sí, con malas artes.

CAV. ¡Bah! Tendrás nombre... fortuna... posición...

LUISA ¡Pero le estoy engañando!

CAV. ¿Quién lo ha de saber? Además, mañana parte y... ¡Dios sabe lo que puede suceder!

LUISA Hay instantes en que tu lenguaje me da miedo.

CAV. Es el lenguaje de un hombre que te ama, que conoce la vida, y que desea tu felicidad. ¡Silencio!.. ¡Viene gente!

ESCENA VI

DICHOS y EL CONDE

CONDE (Entrando por la derecha.) Usted dispense. ¿El señor de Sableuse está por aquí?

CAV. Los criados habrían podido informar á usted.

CONDE — Lo han hecho. Me dijeron que hallaría aquí al vizconde, y no le encuentro por ninguna parte.

CAV. — Está en su cuarto.

CONDE — ¿Sería usted tan amable, ya que sin duda es uno de sus amigos?..

CAV. — Lo soy; sí, señor.

CONDE — ¿Sería usted tan amable que me hiciera el obsequio de avisarle que deseo verle de parte del Ministro, para poner en su conocimiento una cosa muy urgente?

CAV. — Con mucho gusto. (¿Qué será eso?)

ESCENA VII

EL CONDE y LUISA, sentada

CONDE — A usted es á quien deseo hablar, señorita.

LUISA — ¿A mí?

CONDE — ¿No se llama usted Luisa Paranquet?

LUISA — Ese es mi nombre.

CONDE — ¿No es usted la querida de Arturo de Sableuse?

LUISA — (Levantándose indignada.) ¡Caballero!

CONDE — Y la madre de una criatura de un año, llamada María Antonia, y que una tal Eufrasia está criando en Montmorency?

LUISA — Ya que está usted tan bien informado, debiera usted saber, señor mío, que esa criatura de que habla es hija del vizconde de Sableuse.

CONDE — ¡Más cierto es que yo soy el padre de Arturo!

LUISA — (Con movimiento de asombro.) ¡Usted!

CONDE — Necesito saber, señorita, bajo qué condiciones se aviene usted á partir, llevándose á su hija, y no volviendo á aparecer jamás en presencia del vizconde. Si son aceptables, nos entenderemos.

LUISA — No impongo condición alguna, señor mío. Su hijo de usted acaba de jurarme por su honor que seré su mujer, y á esto me atengo. El título de esposa de Arturo de Sableuse

vale más que todo cuanto usted pudiera ofrecerme.

CONDE Es cierto. ¿Y está usted resuelta á rechazarme mis ofertas?

LUISA ¡Decididamente!

ESCENA VIII

DICHOS, ARTURO y CAVAÑOL

ART. ¡Querido padre!

CONDE ¡Hola, hijo mío! No me esperabas, ¿verdad?

ART. No, señor.

CONDE ¡Se ha necesitado un motivo muy grave, en efecto, para decidirme á venir á tu casa cuando obsequias á tus amigos con una fiesta!.. (A Cavañol, que se va hacia el foro.) ¡Oh! No; usted puede quedarse... No está usted de más... Hágame el favor solamente de cerrar esas puertas, para que no se oiga lo que hablemos. (Arturo y Cavañol cierran las dos puertas.) Los tres hemos sido oficiales del ejército; mi hijo lo es todavía; yo no dejé de serlo hasta que por razón de edad pedí el retiro. El caballero Cavañol ha dejado más pronto el servicio militar... por otras razones. Pero sea como fuere, los tres sabemos cómo se tratan entre nosotros las cuestiones de delicadeza y de honra. Vamos á ver, hijo mío, ¿es verdad que has dado á esa señorita tu palabra de honor de casarte con ella... aunque yo me oponga á ese matrimonio?

ART. ¡Es cierto, querido padre!

CONDE Pues bien; un noble, que además viste el uniforme que tú llevas, no debe faltar nunca á su palabra. ¡Cásate con esta señorita!

ART. (Con alegría.) ¿Consiente usted, querido padre?

CONDE Si, hijo mío; pero te prevengo que casándote con esa señorita darás mi nombre y el de tu madre á la querida de ese... caballero, el cual es un petardista.

CAV. ¡Señor conde!

CONDE Hé aquí las pruebas. Son las cartas de esta señora, dirigidas al caballero Cavañol, y que un doméstico, educado en la escuela de su amo, me ha vendido.

ART. (Después de haber visto las cartas, á Cavañol y á Luisa.) ¡Miserables!

CAV. Estoy á la disposición de usted.

LUISA (Dirigiéndose hacia lo alto de la escena.) Deme usted el brazo, caballero.

CAV. (A Arturo.) ¡Hasta mañana!

ART. ¡Hasta mañana!

FIN DEL PROLOGO

ACTO PRIMERO

Castillo en las inmediaciones de Tours.—Sala con vistas á un jardín. Muebles elegantes. Piano á la derecha; velador ó mesilla con recado de escribir á la izquierda. Puertas laterales y puerta al foro, por donde se ve el parque.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE y ROSA entrando por el foro

CONDE ¿Y dice usted que Carmen ha pasado parte de la noche llorando?

ROSA Sí, señor conde.

CONDE ¿Cuál es el motivo de su tristeza?

ROSA Lo ignoro.

CONDE ¿No se lo ha preguntado usted?

ROSA No, señor conde; he preferido venir á avisárselo. Además, temo que no me lo dijera.

CONDE ¿Por qué?

ROSA Me parece que me mira con desconfianza... ¡Y lo siento!

CONDE ¡Oh, no! Carmen es afectuosa y buena. Sería una ingrata si no la quisiera después de los diez años que está usted sirviendo en casa. ¡Tiene corazón!

ROSA Demasiado, quizá.

CONDE ¿Qué quiere decir esto? ¿Cree usted que Carmen?..

ROSA Se me figura que es cuestión de amores. Y como el señor conde y el señor vizconde,

padre de la señorita, han decidido no casarla antes de que cumpla los veintiun años, y ella no tiene más que dieciocho, llora, porque esperar tres años le parece mucho.

CONDE ¡Quizá tenga usted razón!

ROSA Pues si el señor Conde me lo permite, aún tengo que decirle otra cosa que no me atrevía á contársela. Anoche ví luz en el cuarto de la señorita, y deseando saber la razón de que estuviera desvelada, me atreví á mirar por el ojo de la cerradura y la ví llorando y leyendo una carta.

CONDE ¡Una carta!...

ROSA Sí, señor Conde; y me parece que se la estaba aprendiendo de memoria.. Después la quemó.

CONDE ¿Y usted no sabe de quién puede ser esa carta?

ROSA No tengo la menor sospecha de nadie... ¡Yo no me separo nunca de la señorita!...

CONDE Es preciso averiguarlo... Esto es muy grave... Indague usted.

ROSA Será inútil... Hace algún tiempo que la señorita no me confía nada. Se disgustó conmigo al ver que yo no podía contestar á las preguntas que me hizo el año pasado sobre...

CONDE Sí, sí... ya sé. ¡Basta! La interrogaré yo mismo.

ROSA Señor Conde; yo le suplico que no olvide lo impresionable, y digna al mismo tiempo, que es la señorita. Estoy segura de que su secreto es muy inocente... ¡Si el señor Conde prefiriese esperar á que ella misma se descubriera!... ¡A los diez y ocho años es tan difícil la reserva!

CONDE Tiene usted razón, Rosa; tiene usted razón. No le diré nada que pueda despertar su desconfianza. Ni siquiera hablaré de esto á su padre. ¡Vigílela usted! (Oyese la voz de «Abuelito, abuelito.») Aquí viene, precisamente... Váyase, que no la vea. Podría sospechar algo. (El Conde coge un periódico y se sienta á la izquierda. Rosa se va por la derecha.)

ESCENA II

EL CONDE y CARMEN. que entra por el foro y corre á besarle

CONDE ¿De dónde viene la niña?

CARMEN Vengo de dar pan á la jaquita.

CONDE ¿Vas á montar hoy?

CARMEN Si el abuelito no se cansa...

CONDE Ya sabes, hija mía, que eso es lo que más me distrae... Y si quieres castigarme cuando yo no sea bueno, no tienes más que prohibirme que monte á caballo.

CARMEN No temas nada, abuelito... primero porque tú te portas muy bien, y después porque aunque no lo hicieras, yo te perdonaría. (Yendo hacia el piano.) ¿Y papá, dónde se encuentra?

CONDE Viene en seguida. Nunca se halla muy lejos de tí... Creo que está preparando unas cartas que se ha de llevar Enrique de Ives cuando venga á despedirse.

CARMEN (Después de una pausa.) ¿Se marcha Enrique?

CONDE Sí.

CARMEN ¿Y dónde va?

CONDE A Alemania.

CARMEN ¿Por mucho tiempo?

CONDE ¡Oh! sí; por algunos años.

CARMEN ¿Tiene allí algún empleo?

CONDE Le han nombrado cónsul, no sé si en Dresde ó en Berlín. ¡Oh! este cargo es muy honroso para él... y muy oportuno, porque su padre le dejó completamente arruinado.

CARMEN ¿Tuvo desgracia en los negocios su padre?

CONDE Sí; y además... quería poco á su hijo.

CARMEN (Acercándose.) ¿Puede haber padres que no amen á sus hijos?

CONDE Ni lo sospechabas siquiera, ¿verdad?

CARMEN Creía que todos eran como vosotros.

CONDE Felizmente su madre le adora.

CARMEN ¡Qué sería una madre que no amase á su hijo!

CONDE Dejaría de ser madre.

CARMEN Pero si esto sucede,... por casualidad, yo creo que siempre tendrá la culpa el hijo...

CONDE Algunas veces, no.

CARMEN (Sentándose junto al Conde.) Si yo hubiese conocido á mi madre, estoy segura de que me habría querido mucho. ¡No hubiera tenido más remedio que quererme!... Era muy buena, ¿verdad?

CONDE Yo la conocí poco.

CARMEN (Impidiéndole leer.) ¿Y cómo es eso?

CONDE Sí, verás: yo estaba en el extranjero cuando tu padre se casó con ella... y murió al poco tiempo de haber yo vuelto.

CARMEN ¿De qué murió?

CONDE De una enfermedad del corazón... ¿No te lo hemos dicho ya?

CARMEN Sí, una vez... (Le interrumpe la lectura.) ¿Dónde murió?

CONDE En París.

CARMEN ¡Sería muy guapa!

CONDE Hermosísima.

CARMEN ¿Morena ó rubia?

CONDE Morena.

CARMEN (No dejándole leer.) Y dime, abuelito, ¿por qué no tenemos su retrato?...

CONDE El que teníamos se lo llevó su familia.

CARMEN ¡Haber sacado una copia para mí! Bien podíais figuraros que yo había de desear ver al menos la imagen de mi madre. (Pausa. Interrumpiéndole la lectura.) ¿Y esa familia, porqué no se la vé nunca por aquí?

CONDE Porque... ya no existe tampoco.

CARMEN ¡Es decir, que no tengo madre ni pariente alguno de ella!...

CONDE Nadie... ¿A qué vienen hoy todas esas preguntas? Estamos cansados tu padre y yo de repetirte lo mismo. No podemos inventar cosas nuevas...

CARMEN Tienes razón... Pero, pensé en mi madre, y te hablé de ella. Mejor te hago á tí estas preguntas que á mi padre, porque este recuerdo parece que le causa una pena muy grande... (Levantándose.) ¡De modo que Enrique se marcha hoy!...

CONDE Esta tarde. ¿Sientes que se vaya?...

CARMEN ¿Por qué lo he de sentir... ¿Me permites que estudie mi lección de piano?...

CONDE Sí, sí, estudia. (¡Qué pálida está!) (Carmen empieza á tocar el piano. El Conde aparentando leer, no la pierde de vista. Carmen prorrumpe súbitamente en llanto, y deja caer la cabeza sobre el piano.)

CONDE (Levantándose.) ¿Qué es eso, hija mía? ¿Qué tienes, dí?...

CARMEN Es preferible morir... morir como mi madre... ¡déjame!... ¡déjame! (Se dirige hacia la puerta.)

ESCENA III

DICHOS y ARTURO y después ROSA

ART. (Entrando por la izquierda.) ¿Lloras, hija mía?

CARMEN No es nada, papá... no es nada... ¡Perdóname! ¡Estoy muy nerviosa! Pobre abuelito... No me guardes rencor. Soy mala... muy mala... Y tú eres tan bueno... ¡Un beso! (Se enjuga los ojos.) ¿Ves? ya pasó... Es la atmósfera... el *sirocco*, como decían en Roma. ¿Iremos á Roma otra vez?

ART. Cuando quieras...

CARMEN Este invierno. (Llamando.) ¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA (Apareciendo por la derecha.) ¿Qué manda la señorita?

CARMEN Ven conmigo, Rosa. Vamos á dar unas vueltas por el parque. (Vanse por el foro.)

ESCENA IV

EL CONDE y ARTURO

ART. ¿Qué tiene?

CONDE ¡Bien claro se vé! Inquietudes de amor.

ART. ¿Y qué vamos á hacer?

CONDE No hay más remedio que casarla.

ART. ¿Con Enrique?

CONDE Naturalmente, puesto que le ama.

ART. Pero... ¡Cómo abordamos este asunto!

CONDE Ha llegado el momento que yo más temía. ¡Por vida de!...

ART. ¿Se arrepiente usted de lo que hizo?

CONDE Arrepentirme... ¡Vaya! Recuerda cómo entró en casa esa pobre criatura... Mi indignación era grande... Yo no quería conocerla... no quería verla. Un día pasaba yo por debajo de la ventana del pabellón del jardín, cuando oí un grito por encima de mi cabeza. Levanto los ojos y veo á la criatura en la ventana con todo el cuerpo sacado fuera. Tendí los brazos para recogerla, y cuando temía que se aplastara contra las baldosas, se queda colgada de mi cuello y empieza á besarme y á acariciarme la cabeza... No pude resistir este ataque. ¡Cómo no capitular ante las sonrisas y los mimos de un angelito! Desde entonces la quise, primero por haberla yo salvado... y después por el encanto, por la luz que vino á introducir en nuestra existencia, un poco sombría... ¡Y me preguntas si me arrepiento! ¡Ah! si hoy me hallase obligado á perder de vista á ese diablillo... si supiese que había de llegar á ser infeliz, creo que esto me produciría la muerte.

ART. ¡Querido padre!...

CONDE Ahora, es indudable que ama á Enrique. Debimos precaverlo. Es el único joven á quien hemos recibido cuatro ó cinco veces en el término de un año. No se necesita más para que el amor haga de las suyas. Enrique te ha pedido su mano. Tú le has contestado que no tenemos intención de casarla hasta que haya cumplido los veintiun años. Ella lo sabe, y se pasa las noches llorando y leyendo cartitas que van á parar al fuego después de habérselas aprendido de memoria... Esta es la verdad del caso...

ART. ¿Y qué haremos?

CONDE ¡Vamos á ver!... Enrique es un joven honrado...

ART. ¡Ah! eso sí... No se puede negar la patente de honradez á un hombre como él, que ha

sacrificado toda su fortuna para extinguir las deudas de su padre, que podía no haber pagado, y que se ha creado una posición independiente con la constancia de sus estudios y los esfuerzos de su trabajo.

CONDE ¡No me gusta, sin embargo, que le haya escrito cartas!

ART. ¡Oh! ¡cosas de jóvenes! ¡Unas palabras de despedida!

CONDE Sea como fuere, está mal hecho... y mucho más después de la respuesta que nosotros le hemos dado.

ART. ¿Y quién nos dice que esa carta sea suya?

CONDE ¿De quién ha de ser si no? Carmen no sostiene correspondencia con nadie. No conoce parientes ni amigos. Nada... nada. Hay que decidirse; debemos contárselo todo... y si la ama de veras, se casarán ¡y *laus deo!*

ART. ¿Quiere usted encargarse de hablar con él?

CONDE No; esto es cosa tuya.

UN CRIADO (Entrando.) El señor de Ives pregunta si puede ver al señor Conde.

CONDE Que entre. Llega oportunamente. (Aparte, viendo entrar á Enrique.) También parece que él está triste. (Alto.) ¡Buenos días, Enrique! De usted estábamos hablando. Le dejo á solas con mi hijo, que ha de comunicarle cierto asunto. Deseo vivamente que se entiendan ustedes.

ESCENA V

ARTURO y ENRIQUE

ENR. Estoy á la disposición de usted... ¿En qué puedo servirle?

ART. De usted depende nuestra felicidad.

ENR. (Con alegría.) ¿Será posible? (Siéntanse.)

ART. Le parecerá extraño que le hable de este modo al día siguiente de pedirme usted la mano de mi hija y haberle yo contestado que no pensaba casarla hasta que entrase en su mayor edad... ¡Con franqueza! ¿Qué pensó usted de mi contestación?

ENR. Creí que no era sino una cortés evasiva. Parecióme natural que deseara usted para su hija un hombre que bajo todos los aspectos le conviniera. Usted me conoce poco. Mi madre es vecina de ustedes; pero apenas sale de casa, y su posición no le permite recibir á gente de fuera. Sólo cuatro veces durante un año me han permitido mis ocupaciones venir á verla, y en esas rápidas visitas he conocido á su hija de usted. Mi existencia en París es casi igual á la de mi madre en el campo. Vivo en un cuarto modesto, del cual son huéspedes familiares el trabajo, los recuerdos, las penas, y la esperanza algunas veces. Esperaba, sí ¿por qué no decirlo? esperaba ser feliz con su hija de usted. Para el que trabaja todo el día y parte de la noche, es muy grato acariciar una ilusión que le aliente. Y cuando se ve derrumbarse ese castillo de la felicidad ¡parece que un cataclismo destruye el mundo entero! Como ha mejorado mi situación, me permití pedir la mano de Carmen. Pero usted, usando de su derecho, me la ha negado, y me vuelvo á París solo, con la tristeza en el alma... ¡Me resignaré! Todo será cuestión de trabajar un poco más, á fin de distraer y sofocar mis penas.

ART. Está usted equivocado, Enrique; absolutamente equivocado acerca de la causa de mi negativa. Usted creyó que influían en mi su falta de bienes de fortuna, su posición modesta... ¡Oh! no; de ningún modo. Conozco la vida de usted. Estoy al corriente de la generosa cesión que ha hecho de su fortuna personal para pagar las deudas de su padre... La razón de mi negativa no la busque, pues, en sí mismo... ¡Ay! es todo lo contrario... Búsquela en mí .. Es Carmen la que no puede...

ENR. (Levantándose súbitamente.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

ART. Tranquilícese... No hay nada que reprochar en ella personalmente. Pero las leyes socia-

les la unen solidariamente á su familia... de igual modo que usted se ha hecho solidario de los errores de su padre. Por desgracia, la falta cuyas consecuencias caen sobre ella, es irreparable.

ENR. (*Volviendo á sentarse.*) Tenga la bondad de explicarse.

ART. Voy á confiarle, Enrique, lo que jamás he revelado á nadie.

ENR. Yo le prometo...

ART. Sí; ya sé que puedo contar con su discreción. Pues bien; sépalo usted: Carmen es hija natural. Ella lo ignora; y su tristeza, su dolor constante,—que sólo usted hubiera podido desvanecer, puesto que le ama,—su honda pena consiste en no haber conocido á su madre, de quien no me habla jamás, y acerca de la cual ve claramente que nosotros rehuímos el darle explicaciones.

ENR. Y su madre... ¿ha muerto?

ART. Vive—y es indigna de su hija, indigna de usted y de mí. Vive encenagada en el vicio, gozándose en el escándalo, en compañía de un hombre desconceptuado, que se dejó tiempo há los últimos restos de pundonor sobre las mesas de los más hediondos garitos... Después de una escena violenta en que mi padre me demostró la traición de esa mujer, me batí con el caballero de industria que la explotaba á expensas mías, y aunque él salió gravemente herido, tuve la desgracia de que no muriera. Mi padre, en la previsión de que la suerte me fuese adversa, se comprometió á encargarse de Carmen, sustrayéndola desde entonces á las posibles pesquisas de la madre, que me había amenazado con arrebatármela. A fin de despistar á esa mujer infame, nos hemos pasado la vida cambiando de países, permaneciendo un poco aquí, otro poco allá, viajando durante diez y siete años por Italia, Inglaterra, España, Alemania... por Europa entera. ¡Terrores quiméricos!... Yo creo que no se acuerda de su hija... ¡Quizá

se haya olvidado completamente de ella! Sin embargo, como ya van transcurridos dos años desde que nos fijamos aquí, en este país de Turena, he dicho á mi notario que anuncie la venta de esta finca, pues no me encuentro seguro en ninguna parte. Esta es, pues, nuestra situación, querido Enrique, y comprendemos que, en vista de ella, vacile el amor más tierno y retroceda el hombre más apasionado. (Levantándose ambos.)

ENR. Agradezco señor vizconde la muestra de confianza que me ha dado... Yo le probaré muy pronto que soy digno de ella, puesto que lo que acaba de revelarme, no solamente no modifica en nada mis sentimientos respecto de Carmen, sino que los acrecienta con mayor simpatía. Sin embargo...

ART. ¿Qué?

ENR. Sin embargo, yo quisiera estar seguro de la voluntad de su hija. Creo que no le soy indiferente; pero no tengo la certidumbre de que me ame.

ART. ¿No se lo ha dado á entender á usted alguna vez?

ENR. Nunca...

ART. (Con intención.) Podría usted haberle escrito...

ENR. ¡Yo!...

ART. ¿Por qué no?... Unas palabras de despedida...

ENR. No lo hubiera hecho sin pedir á usted permiso.

ART. ¡Gracias!... ¡Muchas gracias, Enrique! ¡No sabe usted bien el consuelo que me dan sus palabras! Carmen será feliz con usted. (Óyese la voz lejana de Carmen.) La oigo venir... Ahí está. Le dejo sólo con ella. ¡Hasta luego, hijo mío! (Vase por la izquierda. Carmen entra corriendo por el foro y se detiene bruscamente al ver á Enrique.)

ESCENA VI

ENRIQUE y CARMEN

ENR. ¡Buenos días, señorita!

CARMEN ¡Ah!... ¡Buenos días! ¿No estaba con usted mi padre?

ENR. Aquí se hallaba efectivamente... pero se ha marchado así que la ha sentido á usted venir.

CARMEN ¿Es que está incomodado conmigo?

ENR. ¡Incomodado!... ¿Por qué?

CARMEN ¡Como antes le he hecho ponerse de mal humor!...

ENR. ¿Intencionadamente?

CARMEN ¡Oh, no!... ¡Dios me libre!... Pero no importa. El caso es que le he dado un disgusto... y quería pedirle que me perdonara.

ENR. ¿Y porqué me cuenta á mí esto, Carmencita?

CARMEN Porque usted me lo pregunta... y porque...

ENR. ¡Siga!..

CARMEN Porque yo se lo contaría á usted todo... aunque fuera un secreto, si lo tuviese.

ENR. Entonces, señorita, ¿quiere usted que la interrogue nuevamente... para ver si halla alguna cosa nueva que contarme? A fin de animarla, yo empezaré revelándole un secreto mío.

CARMEN ¿Tiene usted un secreto?

ENR. Sí.

CARMEN ¿Y me lo va á confiar?

ENR. Tengo la autorización de su padre de usted, que se ha ido para que yo pueda hablarla con más libertad.

CARMEN ¿De veras? ¡Diga usted, pues... diga usted!...

ENR. Carmencita... yo la amo á usted... y...

CARMEN (Con ingenuidad.) ¿Y qué?

ENR Y he pedido su mano al señor de Sableuse.

CARMEN ¿Qué ha contestado mi padre?

ENR. Que no quería que se casara hasta que tuviese usted veintiún años.

CARMEN ¿En qué se funda?

ENR. En que, según él, sólo á esa edad puede comprender una muchacha lo que es el matrimonio, y saber si ama realmente al joven con quien se casa.

CARMEN Pues... mi padre desea mi felicidad... y mi padre sabe que yo le amo á usted.

ENR. ¡Y me lo dice usted de ese modo!...

CARMEN Se lo digo tal como es. Desde el momento en que mi padre, que desea mi felicidad y que sabe que yo le amo, nos deja solos para que usté me revele su secreto, debe de haber pensado que yo también le diría el mío...

ENR. ¡Justo!... ¡Esto es lógico!

CARMEN Acabo de dar diez veces la vuelta alrededor del parque... Este es el recurso que yo empleo para calmarme cuando estoy agitada. Ahora me siento tranquila, y si le hablo de este modo, es porque los dos hombres que me han educado me infundieron la enseñanza de no disfrazar jamás mi pensamiento. Si usted me fuera indiferente se lo diría también. ¡De modo que usted me ama!...

ENR. ¡Oh, sí!

CARMEN ¿Y consiste en esto todo su secreto?

ENR. No tengo otro...

CARMEN Pues yo sí, tengo uno verdadero... y voy á confiárselo. (Siéntanse junto á la mesa.) Hará unos ocho ó diez años que nosotros vivíamos en París, y mi aya solía llevarme al jardín de las Tullerías, donde yo jugaba casi siempre con una niña de mi misma edad. Su madre me preguntó un día mi nombre, y así que se lo dije, me replicó:—¿Usted es hija del vizconde de Sableuse?...—Sí, señora.—Miente usted, señorita,—exclamó;—el vizconde no ha sido casado jamás, y si tiene hijos, esos no pueden jugar con los míos.

ENR. (A media voz.) ¡Oh... esto es indigno!

CARMEN Después, se llevó á su hija y no la volví á ver más. Entonces no podía yo dar importancia alguna á este suceso, salvo la tristeza que me produjo el verme separada de mi

compañera de juegos. Conté la historia á mi padre y este me dió explicaciones vagas, que por de pronto, me dejaron satisfecha. Pero más tarde he pensado en ello muchas veces, y á todas mis preguntas se me ha contestado que mi madre había muerto. Yo no soy pues enteramente feliz. Hay en mi vida un misterio que no puedo comprender, y que me hace sufrir horriblemente. Usted, que será mi marido, puesto que me ama; usted, que es hombre y que sabe muchas cosas que yo ignoro... ¿puede usted explicarme ese misterio?

ENR. No, señorita.

CARMEN ¿Mi padre no le ha dicho nada de esto?

ENR. ¡Nada, se lo aseguro!

CARMEN ¿Y á pesar de esto, se casará usted conmigo?

ENR. Este es mi deseo más vehemente.

CARMEN Si su madre no se opone...

ENR. Consentirá.

CARMEN ¿Y su padre?

ENR. Ya sabe usted que murió.

CARMEN ¿Y como suplirá usted su consentimiento?

ENR. Presentando su partida de defunción.

CARMEN Entonces, para mí habrá también que acreditar la muerte de mi madre. (Levantándose al mismo tiempo que Enrique.) Esto es lo que yo quería saber. No me casan porque no pueden proporcionarse el acta de defunción de mi madre... porque no ha muerto, porque vive... porque me ama, y sin razón me tienen separada de su lado. Ella misma me lo ha escrito.

ENR. ¿Ella?

CARMEN Sí; ayer, mientras paseaba junto á la verja del parque, se me acercó un mendigo al cual dí una limosna. Entonces él me puso en la mano una carta diciéndome: «Lea usted esto, señorita. Ahí va la recompensa.»

ENR. ¿Y leyó usted?...

ESCENA VII

DICHOS y AVERTÍN

AVER. (Entrando por el foro.) Dispensen ustedes (A Enrique.) ¿Es usted el señor Vizconde Arturo de Sableuse?

ENR. No, señor.

CARMEN El vizconde es mi padre, caballero.

AVERT. ¡Ah! ¿Usted es la señorita Carmen de Sableuse.

CARMEN Sí, señor.

AVERT. Pues bien, señorita; ¿quiere usted hacerme el favor de avisar á su señor padre que el abogado Avertín desea hablarle respecto á la venta de esta casa?

CARMEN Sí, señor; voy á decirle que venga en seguida. (Vase por la izquierda.)

AVERT. Muchas gracias (A Enrique.) ¿El señor es quizá hermano de la señorita?

ENR. No, señor.

AVERT. Me pareció ver un aire de familia... ¡Deliciosa comarca! He venido de París exprofeso para este asunto, y estoy encantado de la Turena. ¿Sabe usted por qué vende el señor de Sableuse esta posesión, que es magnífica?

ENR. Lo ignoro; pero él va á venir y se lo podrá usted preguntar. ¡Beso á usted la mano! (Vase por el foro.)

AVERT. ¡Beso á usted la suya!

ESCENA VIII

AVERTÍN y luego ARTURO

AVERT. (Sentándose.) ¡Pues, señor, el texto de la ley es claro y preciso; y si por parte de ellos se nos quiere sostener que hay esto... y esto... y esto... podremos fácilmente probarles lo contrario!... Y sin embargo... (Se levanta.) Decía que sin embargo... (Como dando á entender

que la ley ofrece otros caminos.) ¡Ah! el señor vizconde. ¡Dios quiera que no me haya oido!

ART. ¡Señor mío!...

AVERT. ¿Es usted el señor vizconde?... Dispense que le haya molestado, pero traigo de París el encargo de visitar esta finca, que está á la venta, ¿no es cierto?

ART. Sí, señor.

AVERT. Aquí tiene usted la tarjeta del notario. ¿Puedo visitar la posesión?

ART. Estoy á sus órdenes.

AVERT. No es para mí; es para una de mis clientes, á quien vengo acompañando; y antes de hacerla entrar quise cerciorarme de si el señor vizconde podía recibirnos. Se está paseando por el jardín. (Hace señas respetuosas para llamar á la dama.)

ART. Vamos ahora mismo á buscar á esa señora.

AVERT. Ya me ha visto, y viene... ¡Ahí está!

ESCENA IX

DICHOS y LUISA, cubierta con un velo

ART. (Reconociendo á Luisa que se levnta el velo.) ¡Ah!... ¡Usted!

LUISA Yo, sí, señor vizconde; y me halaga que usted me haya conocido en seguida. Esto prueba que no he cambiado mucho.

ART. (Que ha tocado un timbre y ha escrito rápidamente en una tarjeta. Al criado que entra.) Esto á mi padre, corriendo.

LUISA (Que se ha sentado en una silla que Avertin le ha puesto junto á la mesa.) Me alegro mucho de que el señor Conde viva todavía.

ART. Veamos, señora, ¿qué viene usted á hacer aquí? Porque usted traerá un fin determinado...

LUISA ¡Oh! sí, evidentemente. Señor Avertín, tenga usted la bondad de cerrar esas puertas. El señor Conde, el padre de este caballero es quien, diez y siete años há, me enseñó á

tomar estas precauciones, y desde entonces no he dejado de ponerlas en práctica siempre que he tenido que tratar asuntos serios... Y ahora, señor Avertín, haga el favor de prestar gran atención á todo lo que aquí se diga.

AVERT. (Después de cerrar las puertas.) Soy todo oidos. (Avertín se coloca detrás de la mesa.)

LUISA Ante todo, señor vizconde, le suplico que me dé noticias de su señor padre. ¿Goza de buena salud?.. Lo celebro infinito... En cuanto á mi hija, ya sé que está buena, salvo las insignificantes tristezas propias de su edad... Ya ve usted que estoy bien informada respecto de ella, y que me intereso por todo lo que la concierne.

ART. Hablemos del motivo que la trae aquí, señora; pues no puede ser éste el amor hacia su hija, á la cual no ha visto ni ha tratado de ver en diez y siete años.

LUISA Me lo impidieron obstáculos de todas clases... Las circunstancias... los viajes... Pero ya le previne que volveríamos á vernos... y al fin cumplo mi palabra. ¡Más vale tarde que nunca!... Y paréceme que llego en buena ocasión para sacarle de apuros... porque tiene usted el proyecto de casar á María Antonia... á Carmen, como la llaman ahora.

ART. ¿Quién le ha dicho á usted?...

LUISA Lo sé, y esto es lo que importa. Pues bien, para ese matrimonio hace falta mi consentimiento.

ART. Es verdad.

LUISA Sería, por lo tanto, mucho mejor aprovechar esta circunstancia para regularizar completamente la situación de... Carmen. Esto no podría menos de aplaudirlo la familia del novio de mi hija, Enrique de Ives.

ART. Demasiado sabe usted que esto es imposible. (Avertín hace con la cabeza una señal negativa, como diciendo: «¡Aguarde usted!»)

LUISA Está usted equivocado... No hay nada más sencillo...

ART. ¿Qué habría que hacer?

LUISA Casarse con la madre y legitimar á nuestra hija por medio del matrimonio.

ART. ¿Casarme... con usted?... ¡Eso sería una infamia!

LUISA Infamia, ó no, señor vizconde, hay una hija de por medio, y el caso es muy grave. De cualquier lado que se mire la situación de Carmen, sólo el recurso que yo propongo puede arreglarla. ¡Que lo diga el señor Avertín, que es mi abogado consultor en este asunto!

AVERT. Es cierto.

ART. ¿De modo que usted niega su consentimiento?...

LUISA (Con aire resuelto y procaz.) ¡Rotundamente!

ART. ¿Ni por la felicidad de Carmen?

LUISA ¡Su felicidad! ¿Y quién me asegura que va á ser feliz con ese matrimonio?

ART. ¿Ni por dinero?

LUISA ¡Oh!.. No me hace falta nada.

ART. Pues entonces...

LUISA Entonces... ¿qué? Puedo retirarme, ¿no es verdad?

ART. Sí, señora. Hemos hablado lo bastante.

LUISA (Levantándose.) En este caso, señor vizconde, tenga la bondad de llamar á Carmen. (Avertín, con gesto socarrón, pasa al lado de Luisa.)

ART. ¿Para qué?

LUISA Me admira la pregunta. ¿No soy su madre? Para que se venga conmigo.

ART. ¡Ir Carmen con usted!

LUISA Sí, señor; tengo tomadas todas las precauciones, y la ley me autoriza para llevármela. ¿No es cierto, señor Avertín?

AVERT. Es verdad; está usted en su derecho.

ART. ¡Nunca!

LUISA ¿Se opone usted?

ART. ¿Hace falta que lo diga?

LUISA Me lo figuraba. Pero quiero hacer bien las cosas. No dirá usted que no le facilito la reconciliación. Le concedo todo un día para reflexionarlo. Si al cabo de las veinticuatro horas no ha consentido usted en hacerme su mujer, entonces no seré yo, caballero,

sino la justicia, la que vendrá á llevarse á mi hija.

ART. ¡Lo veremos!

LUISA Téngalo usted por seguro... ¡Hasta la vista, señor vizconde!

ART. Cuando usted guste...

LUISA ¿Vamos, señor Avertín? (Vase.)

AVERT. (Saludando.) He tenido mucho gusto en conocerle. (Ofreciendo una tarjeta que Arturo no toma.) En París, calle de Chabanais, número once, tercero, izquierda... todos los días de una á cuatro. (Dejando la tarjeta sobre la mesa.) No pierda usted las señas. ¡Quién sabe lo que puede suceder! (Vase.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en un Hotel de París.—Mesa á la derecha. Sofá á la izquierda. Puerta de entrada por el foro. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

ARTURO, un MOZO del Hotel

ART. (Sentado junto á la mesa, al mozo que entra y le presenta un libro-registro) ¿Qué es esto?

MOZO El registro donde los viajeros apuntan sus nombres y su profesión... ¡Como el señor está aquí desde hace dos días!...

ART. ¡Me toma usted por un malhechor!

MOZO ¡Oh! nada de eso; pero la policía es con nosotros muy severa. ¡París es tan grande y hay tantos extranjeros en Paris!

ART. No lo parece, á juzgar por esta casa...

MOZO El barrio de San Germán es poco concurrido porque los embellecimientos de París no han llegado aún hasta aquí. Pero ya van avanzando. Por de pronto, la falta de animación se compensa con la tranquilidad.

ART. ¿Puedo hojear este registro, para ver los nombres de las personas que viven en el Hotel?

MOZO Todo el tiempo que quiera el señor Vizconde.

ART. ¿Por qué me llama usted así?

MOZO Porque este es el título del señor Vizconde.

ART. ¿Cómo lo sabe?

MOZO Me lo han dicho...

ART. ¿Quién?

MOZO Un caballero que ha venido á preguntar si había llegado el señor Vizconde de Sableuse con su hija y el aya de la señorita.

ART. ¿Qué señas tiene?

MOZO Es un señor... así... como todo el mundo, con anteojos y corbata blanca.

ART. ¿Y no ha dicho qué quería?

MOZO Se lo pregunté, y me contestó:—«No le diga más que mi nombre y las señas de mi casa; Avertín, calle de Chabanais, 11. El comprenderá lo que esto quiere decir.»

ART. Sí, sí; ya sé. Pues si ese señor ú otro cualquiera viene á preguntar por mí, sea la hora que fuere, hágales subir y avíseme.

MOZO Está bien, señor Vizconde. (Vase.)

ART. (Levantándose.) ¡Ese hombre otra vez! ¿Qué significa esto?

ESCENA II

ARTURO y ENRIQUE, por el foro

ART. ¡Ah, mi querido Enrique, le esperaba á usted con impaciencia!

ENR. ¡Todo va bien!

ART. ¿De veras? (Siéntanse á la izquierda.)

ENR. A pedir de boca. Creo que nos hemos precipitado. Podría usted haber permanecido en Tours al lado del señor Conde. ¿No hay noticias suyas?

ART. No.

ENR. Buena señal, dado el convenio con él de que no telegrafiara sino en el caso de ocurrir algo importante. ¿Y Carmen?

ART. Está sin novedad.

ENR. Tanto mejor. ¿Ha preguntado por la causa de ese viaje repentino?

ART. Sí; estuve tentado de revelárselo todo, pues un día ú otro habrá que darle explicaciones, aunque no sea más que para desarraigar de

su corazón el sentimiento poético de esa madre, con la cual sueña constantemente... Pero he preferido, por ahora, atribuir nuestra brusca partida á las exigencias de un proceso.

ENR. Y no ha mentido usted, porque los vientos soplan de este lado. Procedamos con orden. Fué una feliz casualidad que yo llegara el sábado á su casa de usted cinco minutos después de haber partido la madre de Carmen. Bastáronme dos palabras de explicación del suceso para que yo echara á correr detrás de la señora Paranquet. Mi caballo anda más á prisa que los del carruaje en que había subido ella, acompañada del señor Avertín, á quien conozco... entre paréntesis.

ART. ¡Ah!... ¿Le conoce usted? ¿Y qué clase de hombre es ese? ¡Ha venido á preguntar por mí!

ENR. ¡Bien!... después hablaremos de él... No perdamos ahora el hilo del relato. Los seguí hasta Tours, y ví que se apeaban en el hotel de la Bola de Oro. Allí se juntó ella con un tal Cavañol que debe de pasar por su esposo, puesto que no se nombraron los dos más que con ese apellido.

ART. Le conozco... No se atrevió sin duda á acompañarles hasta mi casa.

ENR. Al cabo de una hora salieron los tres para París, y yo tomé el mismo tren que ellos. En la estación de llegada, separáronse de Avertín, y continué siguiéndolos hasta el hotelito en que viven, calle de Chateaubriand, 95.

ART. ¿Ese hotel es suyo?

ENR. Creo que sí. Luego he ido á hablar con un abogado amigo mío, y le he expuesto la situación de usted, sin nombrarle, con los más minuciosos detalles. Según él, la cosa es muy sencilla. Debe usted, ante todo, recurrir á los medios que ha descuidado hasta la fecha. Todo lo que ha podido hacer esa señora Paranquet es reconocer á su hija y

armarse de un derecho personal y absoluto en frente del incógnito del padre. Pues bien, reconozca usted á su vez á la niña y se compartirá ese derecho.

ART. ¿Y en este caso la madre no podrá hacer ya nada?

ENR. Sí, señor; podrá impugnar el reconocimiento alegando que usted no es el padre; pero el presidente del Tribunal, que, dicho sea de paso, interpreta con frecuencia, en pro de la gente honrada, más bien el espíritu que la letra de la ley, sostendrá el reconocimiento hecho por usted, y la demanda de Luisa Paranquet «será denegada». Uso las propias frases de mi amigo...

ART. El cual temo que no sea tan ducho en las triquiñuelas de la ley como ese Avertín que aconseja á mi enemiga.

ENR. Efectivamente; Avertín es un mozo muy redomado y calculador, que bajo su aspecto aparentemente bonachón oculta una vanidad muy fácil de sublevar... Es el expedienteo en persona... conocedor del Código al dedillo, y acostumbrado á darle vueltas en todos los sentidos para favorecer á su cliente, sea quien fuere. ¿Y dice usted que ha venido con intención de hablarle? No me extraña. Sabe que la señora Paranquet sólo está en su derecho momentáneamente; y como ya le habrá sacado algo á ella, espera quizá pasarse al bando de usted y tenderle una mano protectora.

ART. ¿Y qué hay que hacer para ese reconocimiento? Necesítanse desde luego dos testigos, ¿no es verdad?

ENR. Exactamente.

ART. Cuento con usted para buscarlos...

ENR. ¡Desde luego! uno de los dos será ese mismo abogado con quien celebré consulta... El, además, podrá representar á usted en este asunto.

ART. Me parece bien... ¡Ay, amigo mío, qué caros cuestan, á la larga, los devaneos amorosos de la juventud!

ENR. (Alegremente.) Todo se arreglará... ¡Un poco de paciencia!

ART. ¡No solamente le veo á usted confiado, sino alegre!

ENR. Me satisface el pensar que soy útil á usted y á Carmen... Además, es cuestión de juventud.. apetezco la lucha... me siento fuerte contra la maldad y la injusticia. Al final resultará que, no tan sólo habré amado á mi mujer, sino que la habré conquistado... ¡y esto me parece que vale algo!

ART. ¡Hijo de mi alma!

ENR. Hasta luego. (Carmen entra por la derecha.)

ART. Es Carmen... Parece que ha adivinado que estaba usted aquí.

ENR. Señorita, esta es la primera vez que me voy al entrar usted; pero la felicidad de todos nosotros lo exige. (Vase.)

ESCENA III

ARTURO y CARMEN

CARMEN ¿Qué contento va?

ART. Sabe que le quieres.

CARMEN (Después de una pausa.) De modo que la causa de haber venido á París...

ART. Es un pleito que estoy á punto de ganar, y sobre el cual me ha traído Enrique buenas noticias... Y además, estamos también aquí haciendo los últimos preparativos para vuestra boda.

CARMEN ¿Y nada más?

ART. Nada más.

CARMEN ¿Por qué me ocultas la verdad?

ART. ¿Qué verdad?

CARMEN Una verdad que no conozco, pero que la presiento. Vuestra agitación, las precauciones que tomáis para conmigo, el encargo de que no salga con Rosa, de que no me haga visible, de que permanezca siempre en la habitación inmediata á la tuya... nada de esto es natural, ni tiene relación alguna con

lo del pleito, ni del matrimonio. Es un secreto...

ART. Como los tuyos.

CARMEN ¿Cuáles?

ART. Las cartas que recibes, que lees por la noche, y las quemas luego.

CARMEN ¡Enrique te lo ha dicho!

ART. Lo supe antes por Rosa. Y ya ves que no te he preguntado nada... lo cual prueba, que tengo en tí más confianza que la que tú tienes en tu padre.

CARMEN Te lo diré todo.

ART. Es inútil... Sé quién te envió la carta; y considero que ha llegado el instante de las explicaciones. Escúchame, hija mía. (Siéntanse.) En tu vida hay una desgracia... y una falta en la mía... No te podré explicar ciertas cosas que son muy duras para tus oídos. Tendrás que adivinarlas... ¿Puedes dudar de lo mucho que te quiero?

CARMEN ¡Oh! ¡padre mío!

ART. ¿Estás bien segura de que sólo he buscado tu felicidad en todo lo que hice?

CARMEN ¡Segurísima!

ART. Oyeme, pues, hija mía... ¡Tú no tienes madre!

CARMEN Pues entónces, ¿quién es esa señora que me ha escrito diciéndome que yo soy su hija?

ART. El hecho de dar vida á un sér, no constituye la maternidad. Se desobedecen las prescripciones divinas suprimiendo para con los hijos los cuidados y la ternura que necesitan. Abandonar á una criatura desde su nacimiento, es contravenir á la primera y más santa de las leyes de la naturaleza... Una madre que conculca esa ley, deja de serlo... es como si no existiera... Por eso te he dicho, hija mía, que tu madre ha muerto, aunque viva todavía y venga á invocar hoy con algún menguado interés ese título del cual se olvidó cuando sus deberes la obligaban á recordarlo.

CARMEN ¿Y si tenía tan mal corazón, por qué te casaste con ella?

ART. Jamás ha sido mi mujer.

CARMEN (*Con verdadero asombro infantil.*) Y sin embargo, tú eres mi padre... y ella es mi madre.... ¡No lo entiendo!

ART. ¡Pobre ángel mío! Perdóname por tener que decirte semejantes cosas... Este es mi castigo por el daño que te hice. El sonrojo de mi cara es la prueba de mi sufrimiento... Pero te explicaré mi conducta hasta el fin, porque no quiero dejar ni la menor sombra en tu pensamiento.—Escucha, hija mía; no obstante su indiferencia respecto de tí, yo tuve la firme intención de casarme con tu madre, esperando hacer brotar en ella la viva llama del sentimiento maternal... Pero luego obtuve la certeza de que era indigna de tí y de mí, y víme obligado á separarme de tu madre para siempre.

CARMEN (*Levantándose.*) ¡Indigna! ¿Había cometido alguna falta?...

ART. Una falta... irreparable.

CARMEN (*En voz baja.*) ¿Deshonrosa?

ART. ¡Deshonrosa!

CARMEN (*Con voz aún más baja.*) ¿Había... robado?

ART. (*Aparte.*) ¡Hija de mi alma!

CARMEN ¿Quién lo ha visto?... ¿Quién lo ha dicho? ¡Oh! no, ¡imposible! ¡No puedo, no debo creerlo!... Acaso por esto, aquella señora de las Tullerías prohibió á su hija que jugase conmigo... (*Llevándose el pañuelo á los ojos.*) ¡Ah, padre mío! ¡qué miserable es la vida! (*Echase en brazos de Arturo.*)

ART. ¡Pobre criatura!... Ahora, la que es tu madre, valiéndose de los derechos que la ley le concede, cuando tu educación no le ha costado ni afecto, ni inquietudes, ni ejemplos, cuando eres una honrada mujer, digna de ser dichosa, en estos instantes se presenta ella bruscamente y trata de separarnos.

CARMEN ¡Oh! eso ¡jamás!

ART. Ahí tienes la razón de nuestro repentino viaje. ¿Comprendes ahora mis temores? Tiemblo, porque ella es capaz de todo, y

porque tú, hija mía, eres el sér á quien yo más quiero en el mundo.

CARMEN Tranquilízate, padre querido, nadie podrá separarnos. En lo que acabas de contarme, hay cosas que yo no me explico... pero no hace falta: sé que me amas, y sé también que en este instante no puedes haberme dicho más que la verdad... la verdad completa. Has hecho bien en advertirme. Yo pensaba constantemente en mi madre, y este sentimiento filial me hubiera hecho quizá cometer alguna imprudencia. ¡Pobre madre!... Perdóname; ya no hablaremos más de este asunto... ¡No quiero que mis palabras aviven tus penas y exacerben tus dolores!... Alguien viene. (El Conde aparece en el foro.) ¡Si es el abuelo! ¡Ah! llegas á tiempo. Tenía necesidad de que estuvieras con nosotros. (Se echa en sus brazos.)

ESCENA IV

DICHOS y EL CONDE

ART. (Al oido de su padre, mientras éste abraza á Carmen.) Lo sabe todo.

CONDE Todo no; ni tú tampoco.

ART. ¿Pues, qué hay?

CONDE Entra en tu cuarto, Carmen... vístete y disponte á partir.

CARMEN Pero, ¡por Dios! ¿qué sucede?

CONDE Nada, hija mía, no te alarmes... Pero es preciso tomar precauciones. Ya te lo explicaremos. ¡Anda! enciérrate en tu cuarto, y no respondas sino en el caso de oir que somos tu padre ó yo los que te llaman... ¡Ten calma!

CARMEN La tendré... (¡Qué cosa tan triste es la vida!) (Vase por la derecha.)

ESCENA V

ARTURO y EL CONDE

ART. Hable usted... ¡pronto!

CONDE No perdamos ni un minuto. Tenemos que llevarnos á Carmen...

ART. ¿A dónde?

CONDE A cualquier parte, con tal que podamos guardarla en sitio seguro. Van á venir por ella.

ART. ¿Quién?

CONDE El procurador imperial, el comisario, los gendarmes... ¡qué se yo!... Lo que se llama la fuerza armada.

ART. ¿En virtud de qué?

CONDE En virtud de una providencia judicial dictada en contra de nosotros, como detentadores ilegales de una joven menor de edad.

ART. Pero si yo no tengo noticia del resultado del juicio...

CONDE Te lo han comunicado aquí... En este hotel.

ART. No ha llegado á mi poder.

CONDE Hélo aquí. Dos días há que se hallaba en la portería.

ART. ¿Y cómo no me lo entregaron?

CONDE Porque no habías dado tu nombre... Querías ocultarlo... El que trajo este documento, estando ausente el conserje, lo dejó sobre la mesa. Esto es sin duda un ardid de Avertín para que no pudiéramos defendernos. Hicimos seguir la pista á nuestros enemigos, y ellos han hecho lo mismo para con nosotros. Y como están acostumbrados á esas maniobras rastreras, ¡nos han cogido!

ART. ¿Y qué?

CONDE Que nos condenan á entregar á María Antonia de Cavañol á sus padres, que la reclaman, y los cuales, después de esta intimación podrán impetrar el auxilio de la fuerza armada para hacer valer su derecho en cualquier parte de Francia y de sus colonias. Esta providencia judicial ha sido también comu-

nicada á Tours, y por eso me puse precipitadamente en camino, temiendo que tú ignoraras lo que ocurría.

Art. ¿Pero... qué significa esto de... María Antonia de Cavañol?

Conde Significa que ese miserable de Cavañol se ha casado ahora con Luisa Paranquet, y que después de su matrimonio han legitimado á María Antonia, nacida de padres desconocidos... Resulta, por lo tanto, que Carmen es legalmente la hija de esos bribones, que no tenemos ya ningún derecho sobre ella, y que como Luisa y Cavañol, á pesar de su lujo aparente, están llenos de deudas, no tardarán en venir á reclamar á Carmen con algún fin siniestro... y entonces... entonces... (Viendo que se abre la puerta del foro, y aparece en ella un hombre vestido de negro.) ¡Oh!.. ¡ya están ahí!

Art. ¡Antes muerta que verla en su poder!

Conde ¡Palabras inútiles! ¡No se desea nunca la muerte de los hijos!

ESCENA VI

DICHOS, UN COMISARIO, LUISA, CAVAÑOL, AVERTIN y después CARMEN. Avertín entra, saluda y señala el sofá á Luisa, la cual se sienta en él; la puerta queda abierta, divisándose dos agentes en la parte de afuera (1)

Com. ¿El señor vizconde de Sableuse?...

Art. ¡Yo soy!

---

(1) Situación de los personajes: Al extremo de la izquierda Cavañol, luego Luisa, cuya fisonomía y cuyos gestos deben revelar en esta escena, casi muda para ella, primero desvío, indiferencia y desdén, y luego curiosidad y asombro al ver á Cármen, sin que estos afectos sean muy marcados. Junto á Luisa Avertín, y después el Comisario, que ocupa el centro. A la derecha el Conde y Arturo. Cuando sale Cármen se coloca entre Arturo y el Comisario. Pero esta escena tiene dos términos: en el primero se destacan Luisa, Cármen y Arturo. Los demás se hallan colocados en segundo término, hasta el cambio de Avertín, dominando entonces él la escena.

COM. En nombre de la ley, y en virtud de acta de matrimonio entre Segismundo Cavañol y Luisa Paranquet, los cuales han reconocido y legitimado á su hija María Antonia, de padres desconocidos, y retenida arbitrariamente por ustedes bajo el nombre de Carmen de Sableuse, vengo á intimarle á que nos entregue en el acto á dicha joven, y á obligarle, en caso de negativa, por todos los medios legales.

ART. ¿Y no sabe usted que ese hombre y esa mujer son dos impostores, los cuales pretenden arrebatarme á mi hija... á mi hija, que es la joven de que usted me está hablando? (Yendo hacia Cavañol.) ¡Si te queda un resto de corazón, miserable, atrévete á sostener que eres el padre de esa niña!

CAV. (Al Comisario.) Haga el favor de cumplir con su deber. Yo no conozco á ese caballero.

ART. ¡No me conoces! (Avanzando hacia él.)

COM. (Interponiendo su brazo) ¡Nada de violencias, caballero! Serían inútiles. ¿Tiene usted algún documento que pruebe que es su hija, un acta, pública ó privada, de reconocimiento ó de legitimación por la cual pueda usted alegar derechos sobre ella?

ART. No, señor; pero es notorio que la joven que usted viene á buscar es hija mía. Hace diez y siete años que ni mi padre ni yo nos separamos de ella. Somos dos personas honradas... oficiales del Ejército, heridos, condecorados... ¿qué más le voy á decir á usted? ¡No hemos mentido nunca! Vengan aquí testigos, interrógueseles, que se escudriñe toda nuestra vida; somos víctimas de la maquinación más odiosa. En fin, caballero, ahí tiene usted á la madre; pregúntela si lo que yo digo es ó no verdad. ¡Que se atreva á negarlo!..

COM. ¿Luego usted reconoce que esa señora es la madre de la niña?

ART. ¡Lo es... desgraciadamente!

COM. Yo no soy más que un instrumento impasible de la ley. Sean cuales fueren mis senti-

mientos personales, no tengo otro remedio que cumplir con mis deberes y llevarme de aquí á la joven María Antonia. (Habla en voz baja con Avertín.)

ART. Pero, señora, diga usted la verdad, confiese que trata de escarnecer la ley, haciéndola servir para una acción inícua. Hable usted, pruebe con una lágrima, con un grito, que alberga en su corazón un sentimiento humano... ¡Véame de rodillas!.. ¿qué más quiere usted? ¡Pida mi fortuna, mi sangre, pero no me reclame la hija! Quizá hallemos un medio de arreglarlo todo. ¡Vamos, tenga usted un arranque... una palabra... una sola, y ese caballero, que tal vez tenga hijos, y sabe cuán inmenso es el amor que se siente por ellos... (Luisa se levanta.) ese caballero, sí, concederá un plazo... una prórroga!.. (Luisa permanece muda é inmóvil.) ¡En nombre del cielo, hable usted, señora, hable usted!

CAV. (Al Comisario.) ¡Concluyamos... se lo suplico!

ART. (Dirigiéndose á la puerta detrás de la cual se halla oculta Carmen.) ¡Pues bien, sólo cederé á la fuerza! ¡Atrévanse á arrancarla de aquí!

CARMEN (Abriendo la puerta.) Es inútil. Heme aquí. Yo no conozco la ley; pero creo que no ha de servir para autorizar un crimen... ¡Tampoco una madre puede querer la desgracia de su hija! (A Luisa, que la está mirando sin poder dominar el sentimiento que la agita.) ¿Es usted mi madre?

LUISA Sí, señorita.

CARMEN Entonces... ¿por qué me llama usted *señorita*? ¿Por qué no me da el nombre de hija?

COM. ¿Es usted efectivamente la persona que ha llevado hasta hoy el nombre de Carmen de Sableuse?

CARMEN Sí, señor.

COM. Venimos á buscar á usted en nombre de la ley, y la intimamos á que siga á esa señora y á ese caballero, que legalmente son sus padres.

CARMEN (Señalando á Arturo.) ¡Mi padre... es este; mi abuelo... aquí está; mi madre... quizá sea

esa señora!.. no lo sé; pero á ese caballero yo no le conozco ni le conoceré jamás.

COM. Vamos, tenga usted la bondad de seguirnos, señorita.

CARMEN Estoy dispuesta.

ART. ¡No, jamás!

CARMEN (Abrazándole.) ¡Animo, querido padre! La ley no puede favorecer una injusticia. ¡La verdad se descubrirá! ¡Abrázame... y tú también, abuelo! ¡Desearía que Enrique estuviese aquí! Pero se halla ausente por mí, lo sé. Quizá vamos á estar separados por mucho tiempo... tal vez para siempre. Decidle que le amo mucho, y que no le olvidaré. ¡Vamos! ¡Valor!

ESCENA VII

DICHOS y ENRIQUE que aparece á las últimas palabras de CARMEN y que se coloca entre ARTURO y el COMISARIO

ENR. El señor Vizconde se declara en oposición contra este juicio.

AVERT. No se puede hacer oposición á juicios de esta naturaleza. Sólo se puede apelar...

CAV. (Con dureza, acercándose á Avertín.) ¿Quién le pregunta á usted eso? ¿Por qué se mete usted en lo que no le importa? (Entre dientes.) ¡Charlatán!

AVERT. ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

CAV. ¡Digo que valdría más que no hablara usted lo que no debe!...

AVERT. ¡Oh!... ¡Señor mío! ¡Para ser ingrato me parece pronto!... Ahora va usted á ver... (A Arturo, yendo hacia él.) ¡Interponga apelación, señor Vizconde!

ART. (Al Comisario.) ¿Me autoriza la ley para hacerlo?

AVERT. Le autoriza; yo se lo digo. Artículo 809 del Código de procedimiento civil: La apelación será juzgada sumariamente. (Al Comisario.) Hágame el favor de la cédula de notificación... (A Arturo.) Señor Vizconde, firme

aquí el enterado y consigne la apelación... (Alto y dictando.) «Y nosotros pedimos... que el presidente... nos permita comparecer... hoy mismo... en su casa... á las cinco de la tarde... por requerirlo la celeridad del caso; como está previsto por el art. 806... con reserva de todos nuestros derechos. (Arturo firma. Asombro general.—A Arturo mientras que firma.) ¿Porqué no vino usted á verme? Habríamos evitado todo esto. ¡Están bien aleccionados; pero son unos canallas! (Entrega la cédula al Comisario.)

COM. (A Arturo.) Esa señorita, señor Vizconde, queda bajo su salvaguardia hasta esta tarde, con encargo de representarla usted en nuestra primera demanda, y de permitir que el señor Cavañol y su esposa hablen con ella, si lo juzgan conveniente.

ART. Doy á usted mi palabra de que Carmen no saldrá de aquí, y de que esos señores podrán verla, si lo desean.

LUISA (En el momento de irse.) ¡Mi hija!... ¡Qué hermosa, Dios mío! ¡No me la había figurado así! (Carmen, que forma grupo á la derecha con el Conde y Arturo, mirá con avidez á Luisa al marcharse ésta.)

CAV. (A Arturo al salir.) Hasta la tarde, pues. ¡A las cinco!

AVERT. (Quedando con Arturo, Enrique, el Conde y Carmen. A Cavañol que sale.) Sí, señor; hasta la tarde, á las cinco... ¡Y nos reservamos todos nuestros derechos! (Bajando desde el foro.) Pues, señor, tenemos cuatro horas por delante.... pero ¡que el Diablo me lleve si sé cómo vamos á salir de este atolladero!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

AVERTÍN, ARTURO y ENRIQUE, aparecen sentados á la izquierda.

AVERT. Mientras que el Conde está en casa del Ministro de la Justicia...

ART. ¿Cree usted que el Ministro puede hacer algo por nosotros?

AVERT. Evidentemente; puede intervenir para que se nombre un curador, que sea usted, por ejemplo, y para que la joven, hasta su mayor edad, sea guardada en un convento. Cuando haya cumplido veintiun años ella irá donde quiera y todo quedará arreglado.

ART. (Levantándose.) ¿Y dejará por eso de llevar el nombre de un miserable?

AVERT. (Levantándose al mismo tiempo que Arturo.) ¡Ah! ¡Caramba! El matrimonio está en regla... registrado, bendecido... Contra eso no se puede nada. Vengamos á lo que más urge. Vaya usted corriendo á casa del señor Moulinot, abogado, calle de Contí, 57; es el hombre más honrado de la curia... No le hable de mí... le soy poco simpático. Pero encárguele usted la apelación de esta tarde.

ART. ¿Cuáles son nuestras conclusiones?

AVERT. Que la parte contraria tenga que probar con documentos auténticos que la señorita de Sableuse y María Antonia son la misma

joven que reclaman. ¿Dónde están las pruebas? ¡No las tienen!...

ART. Y, sin embargo, es la verdad.

AVERT. ¡Ah! si fuéramos á decir la verdad desde luego... entonces sería inútil pleitear.

ART. No tendremos más remedio que decirla. La señora de Cavañol debe de conservar mis cartas, en las cuales yo le hablaba con mucha frecuencia de María Antonia. Y yo, por mi parte, guardo aún las cartas en que Cavañol me participaba el nacimiento, la inscripción y el bautizo de mi hija. ¿Y con todas estas pruebas no podrá la ley anular ese matrimonio?

AVERT. De ningún modo: no nos quebremos sobre eso la cabeza. Solo en ciertos casos, muy distintos del nuestro, se puede invalidar un matrimonio; pero la ley, que no se retracta jamás, suele ofrecer algunas veces medios para atenuar sus rigores. Más tarde podrá usted adoptar á su hija y darle su nombre.

ART. Necesitando siempre el consentimiento de Cavañol y su mujer... ¡Oh!..

AVERT. Podrá usted prescindir de ellos, porque probablemente cuando llegue este caso ya estarán en presidio... ¿Ahora, qué es lo que desea usted?

ART. Que no me quiten á Carmen, y que si me separan de ella, por lo menos no vaya á parar á la casa de ese padre de contrabando y de esa madre desnaturalizada.

AVERT. Pues entonces, haga lo que le he dicho... ¡Vaya á ver á Moulinot... y la apelación... la apelación en seguida!... Y sobre todo, no le hable usted de mí... ¡Le soy poco simpático! (Arturo aprieta la mano á Enrique y vase.)

ESCENA II

ENRIQUE y AVERTIN

AVERT. (A Enrique.) En cuanto á usted, que sólo desea casarse con esa señorita lo más pronto po-

sible, habrá ya comprendido cuál es la situación pecuniaria de los Cavañol... Para salir de apuros no cuentan más que con el porvenir de su hija, ¡La juventud y la inocencia es un capital para ellos!

ENR. ¡Pero... es posible que haya seres de tal naturaleza!

AVERT. ¡Oh!... ¿De qué servirían los tribunales si no hubiese más que gente honrada? ¡Aun así y todo, ya vé usted que hay muchos bribones que andan sueltos!...

ENR. Y si se hallan reducidos á ese extremo ¿por qué no aceptan el dinero que el Vizconde les ha ofrecido?

AVERT. Porque las ofertas del Conde y del Vizconde no les sacarían de apuros. ¡Deben más de quinientos mil francos! En París quizá no se puedan comprar al fiado seis panecillos; pero se pueden contraer deudas por medio millón, teniendo desfachatez y aplomo, un carruaje y un título... aunque sea falso. Los Cavañol han llegado ya á una situación insostenible. Y esto, acá para *inter nos*, le podrá explicar mi cambio á favor del Vizconde... ¡Cuestión de moralidad... y de honorarios!

ENR. Habría quizá un medio...

AVERT. ¿Cuál?

ENR. Comprar algunos créditos en contra suya y hacer que los metan en la cárcel por deudas.

AVERT. Sí; y los demás acreedores acudirán en seguida al retortero... El nombre de los Cavañol se arrastrará por los tribunales, y vendrá usted á contraer matrimonio con la hija de dos estafadores...

ENR. Es verdad... No se me había ocurrido eso.

ESCENA III

DIHOS y CARMEN, entrando por la derecha

CARMEN ¿Puedo pasearme por aquí?

AVERT. Sí, señorita; puede recorrer todas las habi-

taciones. ¿Necesita usted de mí para algo?

CARMEN No, señor... Muchas gracias.

AVERT. Entonces, me voy á trabajar al comedor. Si ocurre alguna cosa, tengan la bondad de avisarme. (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE y CARMEN

CARMEN (Tendiéndole la mano.) Héme aquí prisionera, como si hubiese cometido algún delito.

ENR. ¡Ah!

CARMEN Y, sin embargo, yo no he hecho daño á nadie. Es chocante esto, ¿verdad?

ENR. ¡Es triste!

CARMEN Y lo menos que me puede suceder, según he oido, es que me encierren en un convento hasta que haya cumplido los veintiun años...

ENR. ¡Quién sabe!... ¡Tranquilícese usted!

CARMEN ¡Qué experiencia de la vida en tan poco tiempo!... ¡Enrique!

ENR. ¡Carmen!

CARMEN No enlace usted su porvenir con el mío... Olvídeme usted, Enrique.

ENR. Olvidarla... ¡Yo!

CARMEN Sí, amigo mío... Un hombre como usted se casa con la hija del vizconde de Sableuse ó con la hija del más humilde artesano; pero no con una joven sin nombre á quien su madre viene á reclamar de una manera tan ruidosa...

ENR. (Vivamente.) No ennegrezca usted mis pensamientos, Carmen. Mi amor es hoy más firme que antes... ¡Y habría de abandonarla ahora cuando tan necesario le es el cariño de todos nosotros! ¡Oh! Carmen, puede usted dudar de muchas cosas; pero no de mí.

CARMEN No dudo... le creo... y no estoy triste. Casi... voy á decírselo—casi me siento feliz con lo que me sucede.

ENR. ¿Feliz?

CARMEN — Sí; usted que es un hijo cariñoso me comprenderá perfectamente. Los sucesos de estos días me han hecho dichosa, porque me han dado á conocer á mi madre... No comprendo lo que pasa; mi razón se confunde; pero he visto á mi madre... á mi madre, cuya ausencia me preocupaba y me entristecía.

ENR. — ¡Mejor hubiera sido ignorar tales miserias!

CARMEN — ¡Oh, no! jamás me hubiera consolado de su muerte. Había algo dentro de mí que volaba en busca de ella... Y ahora que la he visto, siento ánsia de volverla á ver. Me ha llamado *señorita*, cuando debiera haberme llamado *hija;* habrá quizá cometido faltas; tal vez amargó la vida de las personas á quienes más amo; dicen que no me quiere... todo eso podrá ser verdad, Enrique... ¡pero es mi madre!

ENR. — ¡Qué corazón tan hermoso!

CARMEN — Pues va usted á ver cómo este corazón no me engaña... ¡Presiento... mejor dicho, estoy segura de que esa mujer, ahora no tiene más que un pensamiento, y es el de volverme á ver á solas, y estrecharme entre sus brazos!

ENR. — ¡Ojalá!

CARMEN — No trate usted de persuadirme de lo contrario... Necesito creer en mi madre... (Prestando atención.) ¿No oye usted ruido? ¡Alguien viene!... ¡Llaman!... ¡Es ella!... ¡Entre usted! (Abrese la puerta y aparece Luisa.)

ESCENA V

DICHOS y LUISA

CARMEN — Déjenos usted solas, Enrique: mi madre quiere hablarme... ¡Hasta luego! (Enrique se va por la izquierda.)

LUISA — ¿Es Enrique de Ives?

CARMEN — Sí... madre.

LUISA — Creí que solamente el Conde, el Vizconde,

el señor Cavañol, y yo teníamos derecho á estar aquí, hasta nueva orden.

CARMEN Con tal de no salir, puedo recibir á quien quiera.

LUISA (Sentándose.) El juicio terminará dentro de una hora.

CARMEN Así lo espero.

LUISA ¿Y por qué esa esperanza?

CARMEN Porque deseo saber cómo se decide mi suerte.

LUISA Precisamente de su suerte de usted, de su suerte probable, cierta,—porque como á Cavañol y á mí nos asiste el derecho, la apelación del Vizconde será rechazada,—de su suerte es de lo que vengo yo á tratar ahora.

CARMEN La estoy escuchando. (Siéntase.)

LUISA Esta es la primera vez, desde hace diez y siete años, que puedo verte á solas... Las personas que te arrancaron de mi lado poco tiempo después de tu nacimiento y que te enseñaron á odiar y á despreciar á tu madre...

CARMEN Se equivoca usted... esas personas, mi padre y mi abuelo...

LUISA ¡No les dés más ese nombre!...

CARMEN Aunque no les llamara así, por costumbre, lo haría siempre por gratitud y cariño. Suceda lo que suceda, no intente usted nunca inclinarme á que les dé otro nombre... Decía, pues, que mi abuelo y mi padre, jamás me hablaron mal de usted. Asegurábanme que había usted muerto... Pero yo no lo creía.

LUISA ¿Y por qué no lo creías?

CARMEN Un vago presentimiento me anunciaba que vivía y que algún día nos veríamos. Así es que cuando recibí su carta, me sentí más...

LUISA ¿Más qué?

CARMEN Más conmovida que asombrada.

LUISA ¿Qué hiciste entónces?

CARMEN Leí varias veces la carta, para que se me quedase grabada en la memoria; y como usted me encargaba que no hablase á nadie de ella, la quemé. Sólo revelé mi secreto

á Enrique. El se lo contó á mi padre, y éste me dijo entónces toda la verdad.

LUISA Añadiendo, sin duda, que yo era una mujer despreciable, ¿no es cierto? (Levantándose.) Ya comprenderás, pues, que tu madre no podía dejarte en una casa donde te enseñaban á odiarla y á maldecirla. ¡Pero... ha llegado la mía! (Carmen deja caer su cabeza sobre el pecho con desaliento.) Separáronme de tí cuando apenas tenías un año... Tu padre me abandonó cobardemente...

CARMEN ¡Mi padre! ¿Luego confiesa usted que el vizconde es mi padre?

LUISA Sí, lo es; ¿por qué he de mentir diciendo lo contrario? Es tu padre; pero no se atrevió á serlo públicamente. Temía comprometer su nombre, y no quería que lo llevara la mujer seducida por él y abandonada, sin recursos, por una inmotivada sospecha, puesto que no era verdad que yo fuese la...

CARMEN Que usted fuese... ¿qué?

LUISA Que yo fuese culpable.

CARMEN ¿Culpable de qué?

LUISA De lo que me acusaban.

CARMEN ¿Qué acusación era esa?

LUISA ¡No preguntes más!

CARMEN Pues, entonces, ¿por qué me habla usted de todo eso? ¿Qué palabras son estas que yo no conozco? ¡Seducida!.. ¡Culpable!.. Cuando yo he cometido alguna falta, me he arrepentido... y me han perdonado. Mi padre es bueno. Yo hubiera sido el lazo de unión entre ustedes, y hoy no nos veríamos en la situación en que nos hallamos. ¿Por qué pretende usted ahora que lleve el nombre de un extraño y que viva con él siendo otro mi padre? ¡Habría sido tan sencillo venir á mí y decirme: «Carmen, ¿sabes que yo soy tu madre? Estuvimos separadas hasta ahora, pero vuelvo á tí... quiero verte, porque te amo!..» ¿Acaso habría yo pedido á usted cuentas de lo que hizo? ¿Soy yo, por ventura, juez de mi madre? ¿Puedo atribuirme el derecho de condenar ni de absolver?..

Una madre y una hija se encuentran de nuevo, y no tienen necesidad de decirse una sola palabra... Se miran, se echan una en brazos de otra... lloran... y todo queda explicado.

LUISA (Sin poder contener su emoción.) ¡Hija mía!

CARMEN ¡Mamá!.. ¿Ves cuán sencillo es esto? No hacen falta tribunales, ni juicios, ni apelaciones... ¡Nada! Un beso, y todo ha terminado... ¡Ya están ustedes aquí de más, señores jueces!

LUISA (Cogiéndola entre sus brazos con una especie de furor y rompiendo en llanto.) ¡Hija!.. ¡Hija de mi alma!.. ¡Angel mío!.. ¡Dame tus manos!.. ¡Deja que las bese! ¡No soy digna de rozar tu cara!.. ¡Voy á partir! ¡Voy á escaparme!.. ¡No me verás más! ¡Tu padre tenía razón!.. ¡Si supieras lo que hice!.. Pero, ¿cómo no pensé en correr á donde estabas tú?.. ¡Es verdad! ¡Hubiera sido muy sencillo!.. (Se levantan.) Te haré saber dónde me encuentro... Me escribirás de cuándo en cuándo...

CARMEN ¡Mamá!

LUISA ¡Oh, qué voz tienes! ¡Qué bien hablas! Al escucharte, iba sintiendo que lo que había de malo dentro de mí se caía hecho girones... ¡Y todo nada más que con algunas palabras! ¡Ah, cuán bueno es Dios, que hace tales cosas! ¡Abrázame, bésame!.. ¡Ea, adiós! Pero ¿no ves cómo te amo? ¡Quién había de decirlo!

CARMEN ¡No, usted no se va!

LUISA (Con reconvención amorosa.) ¿Usted?

CARMEN ¡No, no: tú, mamá de mi alma... tú no debes irte!.. Al contrario, ¿por qué quiéres abandonarme de nuevo?

LUISA (Sentándose.) Porque nadie debe conocerme... porque sólo el saber la gente que yo soy tu madre, te deshonraría ¡Ah, si yo te hubiese conocido! ¡Si yo hubiese sabido lo que tú eres! Pero el desorden, los malos ejemplos, el vértigo... tú no sabes lo que es esto... ¡pobre ángel mío! y conviene que lo ignores siempre. (Levantándose.) Escucha: he cometi-

do una infamia tratando de arrancarte del lado de tu padre, obligándote á tomar el nombre de mi marido, y queriendo separarte de tu Enrique, que te ama—lo conozco—y que hace muy bien en amarte. No pido aún que me perdones... más tarde... cuando estés segura de mi arrepentimiento. Pero entre tanto, es preciso salvarte. Debe de haber algún medio... hay que hallar algún recurso. ¿Dónde está el señor Avertín? Envíale un recado.

CARMEN ¡Si está ahí!

LUISA ¡Pues llámale, que venga en seguida! Envía también á buscar en el acto á tu padre y al Conde. Escríbeles cuatro palabras; no hay que perder tiempo. (Carmen va á la puerta de la izquierda y hace como que llama á Avertín. Luego se pone á escribir rápidamente.)

ESCENA VI

DICHOS y AVERTÍN

LUISA (A Avertín, mientras Carmen escribe.) Señor Avertín, es preciso deshacer todo lo que hemos hecho.

AVERT. Ya es imposible, señora.

LUISA He mentido... y tengo el derecho de declararlo.

AVERT. Esto es otra cosa. Podemos tachar de falsedad lo que ustedes han dicho.

LUISA Eso es.

AVERT. Falsificación de documentos públicos...

LUISA Sí, sí; lo acepto todo.

AVERT. Está bien; pero esto supone la prisión... y algo peor quizá... La ley no tolera burlas en esta clase de asuntos.

LUISA ¡Sea, no me importa! ¡Todo para que mi hija se salve!

CARMEN ¡Madre mía! (Levantándose y dejando la carta sobre la mesa.)

LUISA Y para que me llame otras veces ¡madre! con esa voz que me inunda de alegría el alma.

AVERT. Entonces... es preciso ir inmediatamente á declarar ante el tribunal de apelación.

LUISA (Decidida.) Voy ahora mismo.

AVERT. ¿Y el señor Cavañol?

LUISA No tendrá más remedio que declarar lo mismo que yo.

AVERT. Pero le prenderán.

LUISA ¿Y qué?... El es quien me ha perdido. Hace diecisiete años que me domina. ¡Basta ya de ser víctima de ese hombre!

AVERT. Sí, pero nos enredará el asunto. Mejor fuera que huyese... Su fuga equivaldría á una confesión.

LUISA (Con resolución.) Pues bien; partirá. (Durante toda esta última parte de la escena, Luisa tiene á su hija cogida con el brazo. Hace apoyar la cabeza de Carmen sobre su hombro y la besa.)

AVERT. ¿Y qué será de él?

LUISA ¡Bah! Que se aliste en las filas militares del extranjero, como lo hizo ya otra vez...

AVERT. ¿Ha servido en el ejército de otro país?

LUISA Sí.

AVERT. ¿En cuál?

LUISA En el ejército ruso.

AVERT. ¿Cuando la guerra de Crimea?

LUISA Sí, señor... entonces. Pero esto no viene al caso.

AVERT. ¡Oh! sí... dispense usted. Vamos á ver... para alistarse, ¿pidió autorización al Gobierno francés?

LUISA No.

AVERT. ¿Y no lo supo el Ministro de la Guerra?

LUISA ¡Jamás!

AVERT. ¡Ah! (Con expresión de triunfo.) ¡Señorita, su madre de usted dice bien! Hay que llamar en seguida al Conde y al Vizconde. Encargue al señor de Ives que lleve la carta. Él cuidará de encontrarlos. (A Enrique que ha salido por la izquierda pocos momentos antes.) ¿No es verdad?

ENR. ¡Volveré inmediatamente con ellos! (En el momento en que Enrique llega á la puerta del foro, se abre ésta y entra Cavañol, que se adelanta y llega hasta donde está Luisa. Detrás aparecen el Conde y el Vizconde. Uno y otro se dejan caer sobre un sofá como abrumados de pena.)

ESCENA VII

AVERTIN, el CONDE, ARTURO, CAVAÑOL, LUISA, CARMEN y ENRIQUE

CAV. Luisa, llévate á tu hija; la apelación del señor Vizconde ha sido rechazada.

AVERT. Conserve usted su hija, señor Vizconde; el matrimonio de ese caballero es nulo. (Saca un libro del bolsillo y hojea rápidamente sus páginas.)

TODOS ¿Qué dice? (El Conde y el Vizconde se levantan.)

AVERT. (Leyendo el Código.) Código civil, artículo 2.º— Todo súbdito francés que sin autorización del Rey se aliste para prestar servicio militar en el extranjero, perderá su calidad de francés.—Artículo 25.—El condenado á penas que lleven consigo la pérdida de los derechos civiles, está incapacitado para contraer matrimonio que produzca ningún efecto civil.—Artículo 26.—Todo matrimonio que él haya contraído es nulo...

CAV. ¡Eso es una broma!

AVERT. (Blandiendo el Código.) Esto es la ley, señor mío... Escoja, pues, entre una declaración que vamos á hacer en seguida ante la autoridad correspondiente, y que producirá el inmediato arresto de usted, ó su partida en el acto, dejándose condenar por contumacia... Esto último es lo que yo le aconsejo.

CAV. (Pensándolo un rato.) ¡Partiré!

AVERT. ¡Es lo más prudente!

CAV. (A Luisa.) ¡Vámonos!

LUISA No le conozco á usted para nada... Todo ha terminado entre nosotros.

AVERT. Vaya usted, caballero, vaya usted... Ya vé que aquí no se le conoce. No pierda usted el tiempo. Es el último consejo que le doy, y le aseguro que este no es de los peores. (Cavañol se va.—Grupo entre Arturo, el Conde y Enrique, dando las gracias á Avertin.)

LUISA ¡Adiós, Carmen!

CARMEN ¡Oh!. . usted no se va, madre mía... usted se queda aquí, con nosotros...

LUISA Hay cosas imposibles, hija de mi alma... Ya es mucho que te haya conocido, que me ames, que yo te idolatre. ¡Estoy contenta! Has transformado todo mi ser... (Atención de Arturo y Enrique.) Si tu padre y tu marido me lo permiten, volveré, cuando no haya nadie, á pedirte que me concedas el placer de besarte dos ó tres veces todos los años...

CARMEN Pues entonces... ¡un beso por adelantado... y hasta mañana!

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio S Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, lle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Inf tas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares direc mente á esta casa editorial, acompañando su importe en se de franqueo ó letras de fácil cobro. sin cuyo requisito no se servidos.